

TEXTOS DE LA
RENOVACION SOCIALISTA

EL SOCIALISMO CHILENO
RESCATE Y RENOVACION

JORGE ARRATE

EDICIONES DEL INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE
1983

PRIMERA EDICION DIGITAL
JULIO 2004

ARCHIVOS INTERNET SALVADOR ALLENDE

PROLOGO

El libro de Jorge Arrate «El socialismo chileno: rescate y renovación» es un aporte serio e inteligente a la clarificación de las diferencias y coincidencias de orden ideológico y estratégico que hoy existen en el seno de la izquierda chilena. La unidad no se destruye cuando en una alianza política se expresan diferencias. Por eso las opiniones de Arrate, que son compartidas por un sector amplio de militantes socialistas que aspiran a rescatar los orígenes y tradición de su partido, tienen plena vigencia y legitimidad. Lo importante es que, cualesquiera sean las diferencias que se debatan en la izquierda, ellas no desvirtúen lo esencial: la voluntad de lucha radical por el cambio de la sociedad y del orden establecido. Es importante también señalar que no ha sido el debate interno en la izquierda chilena el factor debilitador de su acción y que no ha alterado el consenso unitario en lo que se refiere a la lucha antidictatorial.

El valor del libro de Arrate reside, entre otras cosas, en una nueva visión de los problemas de la izquierda en la última década. Desde ya me parece una perspectiva novedosa aquella que no aborda el análisis de la Unidad Popular bajo el signo de la autocrítica masoquista y, aún más novedosa, la vigilancia que se observa en el autor de guardarse de todo riesgo dogmático o maniqueista. Lo interesante es la posición en que Arrate se sitúa, de total independencia y libertad para pensar un proyecto político para Chile sin esquemas preestablecidos. Personalmente me siento confirmado en lo que para mí fue un aspecto central de la incorporación a la izquierda: la creación de una fuerza política pluralista en lo ideológico. Sin ser marxista, como se autodefine Arrate, valorizo los análisis marxistas en cuanto denuncian la esencia del sistema capitalista.

Mi adhesión al socialismo fue el resultado de una larga evolución en la búsqueda de un pensamiento político que interpretase los valores cristianos. Por esta razón aprecio, en forma particular, la importancia que Arrate da al tema democracia y socialismo. Acertadamente, el autor lo señala como el centro del debate en el seno de la izquierda y, yo me permitiría agregar, punto neurálgico, porque es precisamente en torno a la democracia que las diversas visiones ideológicas son puestas en tensión y donde el proyecto de sociedad define sus valores esenciales.

En estos largos años de exilio me ha tocado intercambiar opiniones con cientos de exiliados marxistas y he podido observar cómo el concepto de democracia ha variado en importancia y calidad, ya sea por la propia experiencia del llamado «autoritarismo» o, más simplemente dicho, de la tiranía, y también por la posibilidad que el exilio les ha dado de vivir en sociedades con otros tipos de estado. Sin lugar a dudas, la democracia constituye hoy día, mundialmente, un punto de debate de mayor complejidad y envergadura que en el pasado.

La democracia representa para los individuos relaciones más importantes que las relaciones de producción. Actualmente cabe preguntarse si la primera obedece sólo a la determinación de estas últimas. A través del sufragio se establece, aunque imperfectamente, una comunicación social en la cual se expresan los intereses de clases, las demandas sociales que son también de orden cultural, no siempre reductibles al análisis de clase. Siendo partidario de una democracia sin calificativos, no dejo de valorizar lo que se llama democracia participativa, pues veo en su formulación la aspiración a la compatibilidad del socialismo con la democracia en tanto se substituye el concepto de democracia, como forma política, por el de democracia como sistema de relaciones vitales, fraternales e igualitarias.

Otro punto importante, en especial para los cristianos que adhieren al socialismo, es el énfasis que Arrate pone en la necesaria autonomía que debe tener un partido socialista chileno o latinoamericano. El nos habla de una lectura chilena y latinoamericana del marxismo que permita «recoger críticamente cada experiencia, cada contribución, sobre la base de su concepción autónoma del marxismo». Esta lectura que propone, la enfrenta a la ortodoxia «mítica y sacramental» de los que sostienen que la adscripción al marxismo-leninismo implica una adhesión sin reservas al socialismo existente, llamado «socialismo real». Este enfoque de Arrate reviste gran importancia para aquellos sectores de la izquierda chilena que no concuerdan con la extrema ortodoxia del Partido Comunista chileno, aún cuando se le respete ideológicamente. La visión del Partido Comunista reposa sobre la convicción de la necesidad de adherir, sin reservas, a la política de la Unión Soviética, para poder así servir la causa del proletariado mundial. Con igual sinceridad, otros pensamos que la Unión Soviética, como nación y superpotencia, lleva a la práctica un tipo de socialismo determinado por sus propios intereses. La particular visión de la Unión Soviética en lo que se refiere a los derechos humanos es significativa en este sentido. Resulta difícil seguir la lógica con que ella comete atropellos a los derechos humanos en aras de la liberación del proletariado, condenando, al mismo tiempo, atropellos semejantes cuando, bajo el amparo del imperialismo norteamericano, son realizados por tiranuelos fascistas invocando la defensa de «la libertad, el orden y la patria».

La inconsecuencia no puede justificarse con la simple referencia a las prácticas internacionales inconsecuentes predominantes en la órbita capitalista. Los estados «de sitio», «de excepción», de «seguridad interna», las detenciones arbitrarias y las intervenciones sindicales no son aceptables cuando las practica Pinochet y buenas cuando las aplican los militares polacos. Unos y otros saben darse buena conciencia: evitar «la penetración comunista» o aplastar a «los contrarrevolucionarios».

Por último, es importante destacar en el libro de Arrate la visión de una izquierda renovada. Hasta estos momentos la idea de renovación está latente en los espíritus, pero apenas diseñada. Una nueva izquierda tendrá que surgir como producto de la derrota y de la maduración de los partidos que integraron la Unidad Popular. La idea de renovación, a pesar de su carácter difuso, se entiende desde ya como la expresión de algunas certezas o, por lo menos, la distinción de algunas tentaciones que se debieran

evitar. Las aspiraciones de renovación comienzan por reafirmar la necesidad de adscripción al socialismo, democrático y pluralista. Aparentemente nada nuevo en el plano de las aspiraciones. Sin embargo, esta vez se apunta hacia la superación de las concepciones hegemónicas de las cuales fue víctima la izquierda y por lo tanto, sobre la base de la experiencia concreta, a la aspiración de relaciones más democráticas y pluralistas en la izquierda, donde participan corrientes de orígenes ideológicos e históricos diferentes (comunistas y socialistas históricos, cristianos y laicos, etc.). Pensar la política en términos más amplios que el de las exclusivas relaciones de fuerza y la consecuente ordenación hegemónica es, a mi modo de ver, en el terreno de las proposiciones, un valioso aporte del libro de Arrate.

Por otra parte, Arrate nos precave contra toda inclinación, que pudiera existir en un proceso de renovación, de aislar al Partido Comunista. Comparto la opinión del autor. Es inconcebible una izquierda en Chile que no cuente con la herencia histórica del PC, que representa a una buena parte de la clase obrera y que merece a mi modo de ver la admiración de todo chileno progresista.

Finalmente, quisiera destacar lo que me parece más renovador del libro de Arrate, esto es su rechazo a las predeterminaciones. Diez años han pasado. Es hora que las legítimas sensibilidades partidistas den paso a una gran apertura que permita llamar a todos los chilenos democráticos a elaborar en conjunto un nuevo proyecto social y político para Chile que, recogiendo con audacia la experiencia, se funde también en el pasado histórico y político de Chile. A mi juicio personal, los esfuerzos de lo que se ha llamado «convergencia socialista» responden a la necesidad de un cauce para que los distintos grupos que hicieron parte de la lucha socialista vuelquen su experiencia y la diversidad de su aporte ideológico.

RAFAEL AGUSTÍN GUMUCIO

París, enero de 1983

PRESENTACIÓN

En lo esencial las páginas que siguen se orientan a tres objetivos.

Primero, reafirmar el valor político y moral de la idea socialista y de la forma como la ha expresado durante sus cincuenta años de vida el Partido Socialista de Chile.

Segundo, enfatizar la imprescindible tarea de rescatar la herencia teórica y política del Socialismo chileno y de -renovada- convertirla en el sustento básico de un proyecto socialista de aspiración histórica destinado a revolucionar nuestra vida social.

Tercero, sostener la necesidad de construir tras ese proyecto una gran constelación de fuerzas sociales y políticas, con visiones no necesariamente idénticas, mancomunadas en la idea socialista.

Las reflexiones, discursos y entrevistas que aquí se incluyen fueron escritos durante los últimos cuatro años. Son el reflejo de un período. No son un balance global y definitivo ni el producto final de un proceso exhaustivo de análisis. Los textos han sido reproducidos sin modificaciones a los publicados originalmente.

Algunos de ellos, releídos con la perspectiva que da el tiempo, serían hoy escritos quizá de otra forma. Sin los mismos énfasis, con matices diversos. Se trata de una colección de escritos destinados al debate político y no pueden, en consecuencia, desligarse de las situaciones o momentos en que se publicaron. Pero, en lo central, sigo estimando válidos sus contenidos y actuales sus afirmaciones, en el sentido que los problemas planteados continúan hoy presentes y reclaman clarificación.

Ojalá 1983, año en que el Partido Socialista de Chile cumple cincuenta años de vida, traiga avances decisivos en la ejecución de las tareas y desafíos pendientes. Una reunificación socialista eficaz desde el punto de vista político, y la consolidación de un proyecto y una fuerza socialista convergente, constituirían aportes muy significativos a la lucha por la libertad del pueblo chileno.

Esta publicación aspira a contribuir modestamente a estas tareas. Debo agradecer a los amigos que la concibieron y me sugirieron ejecutarla. Otros, en el curso de estos años, motivaron mi interés por determinados temas o aspectos o me estimularon con sus comentarios y críticas. Con otros, especialmente con compañeros del Partido Socialista y del Instituto para el Nuevo Chile, he compartido sistemáticamente inquietudes, reflexiones e ideas durante el decenio de exilio. A todos ellos debo un particular agradecimiento.

Todos los artículos aquí incluidos fueron escritos mientras trabajaba en el Instituto para el Nuevo Chile, en Rotterdam. A Holanda y a mis amigos holandeses que han contribuido decisivamente a la existencia y funcionamiento del Instituto quiero expresar mi especial gratitud.

Finalmente dejo constancia de mi reconocimiento a todas las revistas que acogieron para su publicación los originales del material aquí recolectado.

JORGE ARRATE

Rotterdam, diciembre de 1982

LA CRISIS DEL SOCIALISMO CHILENO (1979)

Entrevista realizada por el periodista Fernando Murillo, parte de un « dossier » sobre el tema publicado en la revista Chile-América, números 54-55, junio de 1979, Roma, Italia.

Ch. A.: Usted y otros dos miembros de la Dirección Única elegida en el Pleno Socialista realizado en Argel, en marzo del año pasado, hicieron causa común con el Secretario General, Carlos Altamirano, al surgir la crisis interna en el Partido. Ustedes dieron a conocer el motivo de su actitud en el marco de las meras diferencias de procedimientos sin referirse de modo concreto a los aspectos ideológicos y políticos. Si este otro tipo de divergencias existe, ¿podría exponerlas con la mayor precisión posible?

Arrate: La separación entre exiliados y militantes en Chile, las condiciones de represión en el interior, la dispersión geográfica en el exterior, son factores que han impedido que las discrepancias se aprecien en toda su entidad. Dos elementos adicionales han sido decisivos: primero, el hecho que muchos de los problemas en discusión hayan sido mantenidos durante largo tiempo en el ámbito exclusivo del vértice direccional. En este aspecto, los que fueron parte de la dirección anterior a Argel y los que formamos parte de la allí surgida, tenemos una responsabilidad. Segundo, el hecho que el grupo encabezado por los compañeros Almeyda y Calderón haya evitado durante largo tiempo hacer explícitas sus posiciones ante la base del Partido. En el terreno de las definiciones políticas dicho sector se orientó durante cinco años por el documento elaborado en marzo de 1974 que provocó un justo rechazo en la militancia. Con posterioridad se limitó prácticamente a llevar adelante una política de copamiento direccional y administrativo y a impulsar su quehacer en determinadas líneas. Las diferencias, pues, deben ser juzgadas a la luz de la práctica de dicho sector, más que en relación a sus escasas manifestaciones escritas, la mayoría de las cuales son sólo de los últimos meses.

Según mi criterio, existen serias diferencias en aspectos de importancia cardinal. El sector disidente no valoriza adecuadamente e incluso caricaturiza la autonomía del Partido (« no podemos ser autónomos de todo »). Se adscribe a una versión « ortodoxa » del marxismo, y asume el leninismo en forma dogmática (centenares de militantes jóvenes se han formado en cursos -algunos de varios años- en escuelas de cuadros de partidos amigos sin, a lo menos, complementar con el punto de vista nuestro dicha formación. Almeyda, en defensa de esta política, sostiene que « el marxismo es uno solo »). Oculta y omite la formulación del Frente de Trabajadores, línea estratégica del Partido que no es una simple receta para políticas ocasionales de alianza, sino una interpretación sobre el carácter del cambio social en Chile y el rol de las diversas clases en ese proceso. Reniega del pasado del Partido para « refundarlo » sobre otras bases (el Partido fue una « federación », padece de un « rezago » ideológico, muchas de sus políticas fueron erradas). Cree entender que los problemas de dirección del proceso transformador en Chile pasan por la convergencia creciente entre socialistas y comunistas (en que son los socialistas los que « convergen » superando su « rezago ») y se inspiran en la experiencia « audaz y creadora » de « fusión » de organizaciones revolucionarias de otras latitudes (procesos ocurridos, en todo caso, una vez asegurado el poder estatal). Postula la superación de las insuficiencias partidarias mediante la aplicación de un « modelo » rígido de Partido « de nuevo tipo » diseñado en los textos de « marxismo-leninismo » (tipo de partido que, al menos en América Latina, no ha logrado conducir ningún movimiento revolucionario). Hemos señalado, también, que serios problemas de método y procedimiento -que no son de importancia accesoria- nos separan del sector que he mencionado. Hechos ocurridos con posteridad a la crisis me han confirmado aún más en esta apreciación.

El sector fraccional ha querido sostener que ellos postulan un Partido superado en sus vicios y que nosotros postulamos un Partido « laxo », relajado en su disciplina y organización. Mi opinión es que ambos compartimos la necesidad de construir un Partido superior, un « deber ser » distinto del pasado. Diferimos, sin embargo, en ese « deber ser » y la forma para concretarlo. Nosotros sostenemos la necesidad de reconocer el derecho de todos los socialistas para participar en su construcción, en un proceso democrático de discusión y creación.

El mismo sector ha querido atribuir a la crisis del Partido el carácter de disputa « personal » y « de poder ». Por lo que respecta al Secretario General del Partido, Carlos Altamirano, se trata de una afirmación injustificada. En Argel en forma verbal, en septiembre de 1978 por escrito, Altamirano planteó la transferencia de la Secretaría General y toda la dirección política al interior. El 23 de abril, tres días antes del estallido de la crisis, propusimos por escrito - en documento que entregué personalmente en Berlín y que no tuvo respuesta alguna- la renuncia de todos los miembros del Comité Central en el exterior y el traslado completo de la dirección al interior. Lo ocurrido parece paradójico: la inmensa mayoría del Partido en Chile aprueba la transferencia de la Secretaría General al interior y, en cambio, Almeyda es proclamado « Secretario General » en Berlín. El Secretario General, Carlos Altamirano, propone que su cargo se radique en el interior, y se procede a « expulsarlo » del Partido. La afirmación de que estamos frente a una disputa « de poder » y « personal », en boca del compañero Almeyda, más que una afirmación política semeja una confesión.

Ch. A.: Se sostiene que el Partido Socialista perdió su identidad y características históricas a partir del Congreso celebrado en Chillán en 1967 y que allí se impuso una línea ajena al origen y a la orientación

histórica del Partido. Habría sido esa ideologización carente de madurez la que contribuyó a que las tendencias más radicales confluyeran en el Congreso de La Serena en torno a un denominador común, Carlos Altamirano, a quien se eligió Secretario General. ¿Es eso efectivo o no?

Arrate: El Congreso de Chillán no puede ser juzgado como una «anormalidad» en la vida del Partido. El corresponde a un momento particular de la izquierda latinoamericana con el que, moralmente, me siento solidario. Se trata del impacto político sobre toda una generación de dirigentes producido por la histórica Revolución cubana. Son los días de la gesta heroica de Ernesto Guevara en las tierras latinoamericanas de Bolivia. Nadie de mi generación permaneció ajeno a esta acción de proyecciones trascendentes que, al margen del fracaso, significó un impulso soberbio al desarrollo de la idea socialista en América Latina y -sin pretensión- en el mundo entero.

La Revolución cubana había demostrado la posibilidad del socialismo en un país latinoamericano, atrasado, vecino de la principal potencia hegemónica del mundo capitalista. La «tentación imitativa» era tan fuerte como lo fue en la Europa de los años siguientes a la Revolución de Octubre. «Hacer como Lenin», era la consigna de los obreros de Turín durante el «bienio rojo» italiano, desatar la revolución en toda Europa era la palabra de orden de los revolucionarios alemanes dirigidos por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, y de todo el movimiento comunista. Pero, los hechos demostraron que «hacer como Lenin» no bastaba para obtener una nueva victoria. Esta fue la amarga conclusión de la derrota de la revolución socialista en Europa, que Lenin y el grupo dirigente bolchevique habían concebido como correlatos necesarios de la Revolución de Octubre. Al igual que en aquella época, la izquierda latinoamericana no pudo sustraerse al atractivo del nuevo camino abierto y probado, que la llevaría a sucesivas derrotas superadas tan sólo, y transitoriamente, por la experiencia chilena, en último término -y por otras razones también vencida.

La intuición y elaboración política de Allende -cuyo pensamiento no ha sido todavía suficientemente valorado- era superior a la tendencia imitativa que subyugaba al conjunto de la dirigencia socialista: la situación de Chile era diversa a la de Cuba y a la de Bolivia. De tal modo, era posible ser solidario con la lucha librada por los revolucionarios cubanos o por la guerrilla boliviana, sin necesariamente pretender desarrollar igual método de lucha en Chile. El peso de nuestra realidad y la intuición de Allende terminarían por imponerse: el camino intentado en Chile fue diferente. Chillán, sin embargo, si bien subvaloró la viabilidad del camino político institucional para construir el socialismo -y contribuyó con ello al desfase entre las tareas políticas que debió enfrentar la Unidad Popular y la capacidad de dirección para realizarlas- acertó en la previsión del rol de la violencia en la definición última del proceso: ella sería, es claro, como Marx señaló en «El Manifiesto Comunista», desatada

por las clases privilegiadas que no vacilarían en emplear todos los medios para suprimir la posibilidad socialista. El Congreso de La Serena confirmó esta previsión que fue común a los Partidos de la Unidad Popular, no obstante que obraron con diversa sensibilidad para enfrentarla. En este cuadro, la elección de Altamirano respondió a una decisión ampliamente mayoritaria del Partido y no a la maniobra de determinados grupos. Ella fue incontestable, democrática y legítima.

Los hechos posteriores son, hasta hoy, objeto de interpretaciones diversas. Hay quienes sostienen que el «izquierdismo» condujo a la Unidad Popular al fracaso. Olvidan que él

no fue la invención de un hombre o de un grupo dirigente, sino la expresión de masas que aspiraban al cambio radical de una situación centenariamente injusta, enfrentando a poderosas fuerzas de la conservación. Hay quienes, por otra parte, sostienen que el «reformismo» de determinados sectores contribuyó a nuestra derrota olvidando que la «vía chilena» exigía, por definición, una capacidad de conducción política mucho más sensitiva y sutil que las meras definiciones «revolucionarias». Mi punto de vista es que la «vía chilena al socialismo» careció de una fuerza hegemónica, generadora de consenso, capaz de ganar una voluntad mayoritaria que se expresara en el seno de la sociedad chilena. Mientras unos preveían correctamente la reacción violenta y brutal de los adversarios del socialismo, pero mostraron incapacidad para desarrollarse como mayoría, otros que intentaban limitar artificialmente el proceso y el ritmo de las transformaciones debilitaban con una actitud defensiva la fuerza de masas, único activo real de la Unidad Popular. Allende no tuvo un partido o conjunción de partidos que, desarrollados teórica y políticamente, estuviera al nivel de los requerimientos que imponía una situación inédita, tan inédita como acostumbran ser los procesos de cambio social radical.

La derrota de la Unidad Popular genera, a mi juicio, dos tipos de reacción: por una parte, una reacción caracterizada por la autocritica de contenido «ortodoxo» («fuimos derrotados por no ser suficientemente leninistas»); otra, en mi opinión inscrita en la tradición y legado de Allende, que realiza un esfuerzo por buscar nuevos caminos -quizá también inéditos- para superar el reflujo y reabrir sendas de victoria. Por razones que sería largo -e inconfortable- describir aquí, un grupo de aquellos que suscriben los acuerdos de Chillán y La Serena se orientan en la dirección dogmática y «ortodoxa». En la práctica, se proponen

copar la dirección y administración de su partido a fuerza de ultracentrismo y de habilidades técnicas, parcialmente cobijados por algunas destacadas personalidades socialistas que, por motivos diversos, ofrecen su cobertura. Este grupo, que efectivamente tuvo expresión en Chillán y La Serena, se yergue como alternativa frente a un Altamirano que -más allá de las críticas que se le dirigen- simboliza durante la derrota y el exilio la reivindicación del Partido Socialista, su autonomía, su vigencia histórica y su renovación.

Ch. A.: ¿Cree usted que es correcto que el Partido Socialista se defina marxista leninista?

Arrate: La adopción de una definición marxista-leninista por parte del Partido Socialista no fue, a mi juicio, el fruto de una previa, amplia e informada discusión en la base partidaria. Si así hubiera sido, ella habría permitido la absorción crítica del aporte de Lenin por el conjunto del Partido y no la adscripción a una fórmula que para algunos ha adquirido un carácter mítico y sacramental. Es en este sentido que hubo insuficiente maduración en la adopción de esta definición.

En el nivel actual de desarrollo del movimiento obrero internacional, la simple definición «marxista-leninista» no representa necesariamente un elemento aglutinante ni discriminante en su seno. Stalin se proclamó tal (es más, dio origen al término), y también Trotsky, Breznev, Mandel, Fidel Castro, Kim Il Sung, Tito, Husak, Deng Xiao Ping, Pham Van Dong, Pol Pot y Henk Samrin se definen por el «marxismo-leninismo». Quien se refiera hoy al «marxismo-leninismo» tiene la obligación de ser riguroso y precisar el contenido de su adscripción. De esta manera, si la referencia al «marxismo-leninismo» implica una adhesión a la versión, respetable pero discutible, sistematizada en la Unión Soviética después de la muerte de Lenin y extendida posteriormente a los Partidos Comunistas del resto del mundo y a los países socialistas del Este europeo, soy contrario a que el Partido Socialista de Chile la haga suya.

La definición adoptada por el Partido Socialista en su acta de fundación, hace ya 46 años, es una acertada intuición al aceptar, como guía para la acción, «el marxismo enriquecido y rectificado con el constante devenir social». En este espíritu, discrepo tanto de quienes estiman que Lenin cierra la historia del pensamiento revolucionario como de quienes

parecen considerar ya superado su aporte. A mi juicio él constituye una fecunda vertiente de pensamiento y acción transformadora. Lenin condujo la primera revolución socialista exitosa, la Revolución de Octubre, y sentó las bases del gigantesco proyecto social que cristaliza hoy en la existencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Más allá de las críticas que es posible formular al perfil del socialismo desarrollado en la URSS queda en pie el hecho que la Revolución de Octubre logró, en pugna con fuerzas poderosas, crear un Estado en que no hay apropiación privada del producto social que representa hoy día un rol de primera línea en la maduración de la paz mundial y en el apoyo a diversos movimientos de liberación o que luchan por el socialismo.

El Partido Socialista de Chile no puede buscar definiciones fáciles que lo impulsen a la aceptación litúrgica de fórmulas como el «marxismo-leninismo» o al rechazo, so pretexto de las graves deformaciones de que ha sido objeto, de la herencia revolucionaria de Lenin. Se trata, en cambio, de nutrirse del conjunto de las experiencias del movimiento revolucionario mundial, intentando, desde una perspectiva autónoma, hacer una lectura latinoamericana y chilena de dichas experiencias. Marx cuando analizó el capitalismo y su superación tuvo como ejemplo la Inglaterra industrial. El gran aporte de Lenin fue leer a Marx -que había teorizado sobre un país de elevado desarrollo capitalista- con la perspectiva de un país con un débil desarrollo capitalista, la Rusia de entonces. Nosotros debemos leer a Marx y a Lenin con la visión que impone nuestra propia realidad y la del mundo actual.

En esta dirección, concibo al Partido Socialista como un Partido que se orienta sobre la base de las ideas rectoras de Marx y Engels, enriquecidas por el aporte significativo de Lenin y de otros revolucionarios, y de diversas experiencias de transformación social.

El acervo marxista no es sólo el pensamiento de tres hombres, por geniales que hayan sido, y la experiencia de una sola revolución, aunque ella haya sido la primera. El marxismo ha sido enriquecido por importantísimos aportes contemporáneos o posteriores a Lenin, entre ellos -por mencionar sólo algunos- los de Rosa Luxemburgo y Gramsci. Procesos como la construcción socialista yugoslava, liderizada por Tito, plena de experiencias e ideas originales, la guerra de liberación argelina y, por cierto, la heroica gesta cubana, deben también constituir puntos de referencia indispensables para los socialistas chilenos. Las revoluciones en el Sud Este asiático y la revolución china, empresa política de efectos perdurables sobre la cuarta parte de la población del planeta, y el aporte de Mao Tse Tung, no tienen por qué ser ignorados so pretexto de los actuales gravísimos errores de la política china. En fin, en nuestra América Latina, un Mariátegui, un Ernesto Guevara, un Camilo Torres, y el socialista chileno Salvador Allende constituyen vertientes obligadas de nuestro pensamiento.

Para los aficionados al esquema fácil y redondo, autosuficiente, todo lo anterior ha de parecer una herejía. Es, sin embargo, de la esencia del socialismo chileno recoger críticamente cada experiencia, cada contribución, y, sobre la base de su concepción autónoma del marxismo, como guía para la acción, hacer de ella un instrumento para la transformación de la sociedad chilena y latinoamericana.

Uno de los elementos centrales de la crisis socialista de hoy radica en este punto. La definición «marxista-leninista» superpuesta al Partido ha servido de pretexto para que un grupo adscrito a la versión supuestamente «ortodoxa» del término utilizara la oportunidad para intentar una suerte de desafortunada «refundación» del Partido sobre bases ajenas a su naturaleza y limitantes de su capacidad creativa.

Ch. A.: ¿Cómo entiende usted la autonomía del Partido? ¿Existen antecedentes históricos sobre esta materia en su Partido?

Arrate: El Partido Socialista nace en 1933 rechazando el rígido sectarismo de la Tercera Internacional y la incapacidad de la Segunda para interpretar realidades como la nuestra e, incluso, su propia realidad del momento. El Partido Socialista va delineando, consecuentemente, no una posición de «medio camino» sino una posición comprometida pero independiente que pretende, para la realidad de Chile y de América

Latina, superar las insuficiencias del sectarismo y del conformismo. El Partido desarrolla una política de relacionamiento internacional que se expresa en una identidad natural con los movimientos de liberación y de lucha socialista de los países del denominado «Tercer Mundo», desarrolla relaciones fraternales con los partidos dominantes en el mundo socialista y establece relaciones de cooperación con los partidos representativos de la clase obrera de los países de capitalismo maduro, ya sean de orientación comunista o socialdemócrata. Su autonomía le permite:

- 1) Expresar su apoyo a la lucha por desarrollar un socialismo independiente de los bloques emprendida por la Liga de los Comunistas Yugoslavos, contra la voluntad de Stalin y la Cominform.
- 2) Manifestar desde el inicio su solidaridad con la lucha desarrollada por el Frente de Liberación Nacional de Argelia, antagónica con las posiciones sostenidas en ese momento por el partido «marxista-leninista» argelino, representante de la «ortodoxia».
- 3) Mantener una actitud de interés solidario frente a los procesos sociales y políticos que tuvieron como escenario diversos países latinoamericanos en la década del cincuenta, más concretamente Guatemala, Bolivia y Argentina.
- 4) Solidarizar desde su inicio con la lucha del Movimiento 26 de Julio en Cuba, aunque ella no era aún correctamente evaluada por las corrientes del movimiento obrero internacional.
- 5) Condenar los actos de intervención ejecutados por países de la comunidad socialista en Hungría en 1957 y en Checoslovaquia en 1968.
- 6) Condenar hoy día la oprobiosa y sangrienta dictadura argentina.

La autonomía del Partido frente a las «internacionales» es un activo que los socialistas chilenos debemos defender, sin por ello caer en actitudes aislacionistas. Personalmente, suscribo hoy, como ayer, las seis actitudes políticas arriba mencionadas por vía de ejemplo.

¿Quiénes de aquellos que con nosotros discrepan estarían dispuestos a hacerlo?

La autonomía socialista, expresada en el nivel internacional, tiene también, en mi apreciación, implicancias en lo nacional. En virtud de ella el Partido Socialista no acepta que la clase obrera chilena sea asociada a proyectos de inspiración externa recubiertos de un internacionalismo que encubre, en más de una ocasión, intereses de Estado. El Partido postula la autonomía de la clase trabajadora chilena, el derecho a conformar su propio proyecto social, la obligación de los trabajadores de no convertirse en un simple agregado de proyectos de otras clases sociales por justificado que ello parezca a la luz de intereses externos a Chile. El Partido Socialista es un partido autónomo de una clase trabajadora autónoma.

El Partido posee y desarrolla una concepción autónoma del marxismo y, por tanto, debe estimar como indeseable la función de formar sus propios cuadros. Han violado severamente la autonomía del Partido quienes han estimado como deseable la formación sistemática, masiva y exclusiva de los militantes socialistas en escuelas de cuadros que corresponden a visiones de otros partidos, con quienes los socialistas sinceramente deseamos mantener relaciones fraternales pero no a identificarnos.

El exilio ofrece en el plano teórico y político oportunidades enriquecedoras, aunque también representa para el Partido un mayor riesgo de influencias que distorsionen su carácter autónomo. En un activo de militantes socialistas realizado en París antes de la crisis partidaria, el compañero Almeyda sostuvo que algunos militantes estaban excesivamente influidos por la realidad política y la problemática teórica francesa. Ignoro si es así o no. Sólo puedo sostener que ese es un riesgo del que ninguno de nosotros está exento y que él no es una exclusividad de Francia.

Ch. A.: ¿Cómo entiende usted las relaciones con el movimiento comunista y, en el caso concreto de Chile, qué piensa de la unidad socialista-comunista?

Arrate: Desde su nacimiento el Partido Socialista definió una relación de independencia crítica frente al movimiento comunista internacional. En aquella época -1933- la Comintern sostenía una política sectaria que había impuesto a todas sus secciones, es decir, los Partidos Comunistas de cada país. La grave desviación estalinista, denunciaba en el vigésimo Congreso del PCUS en 1956, encontró siempre en el Partido Socialista un crítico implacable. Los cambios registrados en el movimiento comunista después de la disolución de la Cominform, del vigésimo Congreso y del surgimiento de fuertes tendencias autonomistas en su seno fueron seguidos con vivo interés por el socialismo chileno. Se iniciaba una época, que se extiende hasta hoy, en que el «monocentrismo» tendía a ser superado ya sea por el surgimiento de centros alternativos (alimentados por la tensión alcanzada por la polémica chino-soviética), o por el fenómeno más robusto y de mayores perspectivas representado por la posición de «unidad en la diversidad» explicitada por Togliatti, y su posterior desarrollo. La experiencia independiente y autónoma impulsada por los comunistas yugoslavos, no obstante los virulentos ataques en su contra y el cerco establecido por el estalinismo, contribuyó notablemente a la consolidación de esas tendencias.

La evolución seguida por el movimiento comunista internacional ha modificado, en algunos partidos ya explícitamente, su concepto de internacionalismo. No se trata de la vieja adhesión sectaria sólo a aquellos que formaban parte del movimiento sino de una solidaridad más amplia destinada a todas aquellas fuerzas que, de acuerdo a sus particulares condiciones, luchan por la democracia y el socialismo. Estimo esta posición como un avance significativo que ha hecho posible para nosotros establecer relaciones más profundas con diversos Partidos Comunistas sin por ello abandonar nuestra posición crítica frente a determinados aspectos del denominado

«socialismo real» ni renunciar a nuestra vocación de construir en Chile nuestra propia forma de socialismo. Esperamos que estas relaciones se fortalezcan en el futuro, siempre sobre la base del respeto a la

identidad y autonomía del socialismo chileno y de la no interferencia en sus asuntos internos.

En cuanto a las relaciones con el Partido Comunista de Chile, como es sabido, han atravesado por etapas de abierto conflicto y de positiva unidad. La constitución del Frente de Acción Popular en 1957 y las tres campañas presidenciales sucesivas -1958, 1964 y 1970- constituyeron instancias de despliegue unitario. La generación a la cual pertenezco creció y se desarrolló políticamente en el marco de esta unidad que hizo posible el avance de ambos partidos, el fortalecimiento del movimiento popular y la histórica experiencia de la Unidad Popular entre 1970 y 1973. Los veintidós años de entendimiento entre ambas fuerzas no pueden sino evaluarse como un hecho positivo.

En cuanto al futuro, me limito a señalar tres criterios básicos. Primero, el movimiento popular chileno y su expresión política, la Unidad Popular, deben ser reformulados en su orgánica y en su proyecto político. Dicha reformulación debe hacerse en un marco unitario. La unidad es parte significativa de nuestra fuerza. Segundo, dicha reformulación debe evitar la constitución de «ejes» autosuficientes para adoptar decisiones e imponerlas al resto de los componentes. Ello constituiría un serio limitante para la expresión de las políticas propias de cada partido, en el marco de la unidad de los trabajadores, y para la expansión, atractivo y fortalecimiento de un movimiento popular de expresión plural. Tercero, el entendimiento entre socialistas y comunistas interpretado como un movimiento ascendente y convergente que ha de expresarse, en último término, en la fusión de las fuerzas aliadas, no corresponde a la realidad ni a las necesidades de la lucha por el socialismo en Chile. No se trata de inventar diferencias artificiales. Se trata de reconocer que existen diferencias reales, que han existido históricamente y que no dejarán de existir por un acto de voluntad, por honesta que ella sea, o por la asunción por un grupo o sector de una cierta identidad ideológica con la fuerza aliada. La conciencia de la clase trabajadora ha tenido y sigue teniendo en Chile formas, canales y contenidos diversos, que corresponden a condiciones reales en los planos económico, social o superestructural. En el marco de ese pluralismo es legítimo que cada fuerza aspire a impulsar sus concepciones y su propio proyecto social, intentando crear una hegemonía democrática, un consenso real, en torno a sus ideas.

Ch. A.: Usted estuvo presente en el foro realizado en Ariccia, Italia, patrocinado por la Liga por la Defensa de los Derechos de los Pueblos titulado: «El Socialismo Chileno: historia y perspectivas». Allí se sostuvo que era preciso desarrollar y fortalecer una gran vertiente socialista chilena diversa del comunismo o sea crear una área o un gran bloque socialista.

¿Cree usted que en la situación actual se puede progresar en ese proyecto?

Arrate: Precisamente en el foro que usted señala el compañero Clodomiro Almeyda hizo llegar un documento personal sobre su perspectiva de reformulación de la Unidad Popular. En él sostuvo que dicha reformulación debía hacerse sobre la base de las tres tendencias que él identifica en el movimiento popular chileno: la tendencia de orientación «marxista-leninista», la tendencia «racionalista laica» y la tendencia «cristiana». Creo más preciso y útil distinguir en el movimiento popular chileno cuatro corrientes, teniendo en consideración su origen histórico, su activo ideológico básico, su identificación en las masas y su posición internacional:

1) La corriente del socialismo histórico, entroncada con el nacimiento mismo del movimiento obrero chileno y el Partido Obrero Socialista, cristalizada en 1933 en el Partido Socialista de Chile que ha constituido hasta hoy su tronco principal. Se ha caracterizado por una utilización autónoma del instrumental teórico marxista, por una actitud solidaria pero crítica frente a las tendencias del movimiento obrero internacional, por una permanente vocación latinoamericana y por su interpretación propia y específica de la realidad chilena y del rol de las diversas clases sociales en su transformación.

2) La corriente del comunismo histórico, surgida en el origen del movimiento obrero chileno y cristalizada en 1921 en el Partido Comunista de Chile, anteriormente Partido Obrero Socialista. Se ha caracterizado por su definición «marxista-leninista» referida en los contenidos a la interpretación compartida por los Partidos que formaron parte de la Comintern y el Cominform y que, luego de su disolución, continuaron en una línea de reconocimiento del liderazgo teórico y político de la Unión Soviética. La interpretación concreta de la realidad chilena ha tenido también su sello propio en la versión comunista, diverso del sustentado por los socialistas.

3) La corriente socialista gradualista representada, especialmente después de la separación de sus sectores de derecha, pero ya expresada a partir del Congreso de 1906, por el Partido Radical de Chile y otros grupos menores. Dicha corriente se encuentra adscrita a la Internacional Socialista y mantiene, por lo tanto, los contactos más estrechos con las fuerzas europeas de inspiración socialdemócrata.

4) La corriente socialista cristiana, surgida en el seno de la propia Democracia Cristiana y en el proceso de radicalización de sectores de la Iglesia. Dicha corriente, expresada orgánicamente por la Izquierda Cristiana, ha llegado a formulaciones socialistas partiendo de una inspiración filosófica cristiana y sin rechazar en forma integralista las categorías y aportes del análisis marxista.

Todas estas corrientes deben mensurarse hoy día, en su capacidad de interpretación teórica y de creación y acción política, frente a los grandes problemas del socialismo contemporáneo y de la realidad chilena. Ello sólo será posible mediante un debate amplio, franco y clarificador. La discusión irá decantando puntos de vista diversos y permitirá sacar a luz aquellas convergencias que, sólidamente establecidas, se materialicen en determinadas áreas políticas que se expresen en torno a una precisa traducción de

sus activos ideológicos en una propuesta práctica para luchar por el socialismo en Chile y construir una determinada forma de él apropiada a nuestra realidad.

Veo la posibilidad que usted menciona como el fruto de un proceso de maduración y confrontación de ideas y proyectos sociales, en cuyo centro, a mi entender, debe estar el debate de la temática democracia-socialismo, tanto porque él es hoy un problema eje en el caso de Chile, como porque ha estado y sigue estando presente en el debate entre las fuerzas progresistas del mundo. Es una posibilidad real, deseable, y a la que debemos aportar sin torpes afanes hegemónicos sino con gran generosidad.

La actual crisis del Partido Socialista no puede interpretarse sino en el marco de este proceso que, por la fuerza de los hechos, ha tenido ya su iniciación. No es el Partido Socialista el único que ha enfrentado en estos años, dentro y fuera de Chile, disidencias o desgajamientos. Es el conjunto de la izquierda el que se conmueve en un proceso legítimo y superior a las voluntades después de nuestra histórica derrota, de las críticas y autocríticas, de la comprobación de nuestras debilidades teóricas y prácticas, y de la urgente necesidad de renovar contenidos, caminos, métodos, estilos y lenguajes.

Entiendo esta crisis como un proceso de decantación política que, aunque hoy pueda parecer confuso, será, en último término, clarificador. Para ello es preciso no olvidar que aún habiendo una seria contradicción al interior de nuestras propias filas, ambos contradictores continuarán luchando juntos por objetivos similares. No considero mis enemigos a quienes en el seno del Partido han discrepado de mis posiciones. Lamento que este criterio, ampliamente compartido por la Dirección a que pertenezco y por nuestras bases, no haya sido aún suficientemente digerido por altos dirigentes del sector opuesto.

Ch. A.: ¿Cuál es su concepción del Socialismo? ¿Qué piensa de la dictadura del proletariado y de un régimen económico que establece la propiedad social de todos los medios de producción?

¿Qué piensa usted de las leyes generales leninistas en la transición del capitalismo al socialismo? ¿Qué relación hay en el proyecto socialista que ustedes sustentan con la experiencia social demócrata europea y el régimen imperante en los países del Este? ¿Tiene algún juicio sobre la acción de la socialdemocracia internacional para ganar mayor espacio en la América Latina? ¿Cómo juzga al eurocomunismo y las variantes que emergen en el propio campo socialista, especialmente la experiencia yugoslava?

Arrate: El socialismo no se realiza por la simple socialización de los medios de producción. Ella hace posible que ningún hombre viva de otro, que todos concurren al producto del trabajo social según su aporte, que la sociedad pueda disfrutar de un mayor bienestar mediante el aprovechamiento socialmente racional de sus recursos productivos. En correspondencia con relaciones de producción socialistas debe surgir una forma de Estado que sea expresión política de las nuevas condiciones, es decir, que permita a hombres liberados del yugo del capital, ser más libres en su expresión política y cultural. La forma política del socialismo debe ser, en consecuencia, una forma expansiva de la libertad y de la democracia, entendida como participación activa de masas en todos los niveles de la organización social.

Una de las rupturas radicales de Marx con el pensamiento precedente fue el considerar al Estado no como un ente por sobre las clases sociales, sino como el producto organizado del conflicto de clases. En este sentido, para los marxistas, el Estado, por definición, constituye la expresión de aquella clase que ha logrado imponer sus intereses básicos sobre las demás. Todo Estado, para Marx, en cuanto organización opresiva que ha de, finalmente, extinguirse, constituye una «dictadura». De esta manera, las formas de Estado -tanto aquellas en que se ejerce el poder político en forma «despótica» como en forma «democrática»- que son expresión política de la dominación a nivel de las relaciones de producción de la clase propietaria, constituyen una dictadura de la burguesía». Igualmente, un Estado, «despótico» o «democrático», expresión del predominio obrero a través de relaciones socialistas de producción, constituye una «dictadura del proletariado».

Por cierto, la forma en que se ejerce el poder «dictatorial» del Estado no puede ser indiferente. Creo que esta idea estaba implícita cuando Rosa Luxemburgo, hace ya 60 años, consideró la «dictadura del proletariado» como «el modo de ejercer la democracia». Asimismo, la profundización gramsciana sobre la naturaleza del Estado se dirige a establecer que el Estado de clase no se agota en el puro fenómeno de la «coerción» sino que expresa también diversos grados de hegemonía de los sectores sociales dominantes que generan un determinado nivel de consenso en torno a sus intereses e ideas. En el plano del «deber ser» las fuerzas que luchan por establecer un nuevo Estado, sobre bases socialistas, deben esforzarse por proyectar su hegemonía, la de los trabajadores, sobre el conjunto de la sociedad, generando un consenso democrático nacional.

En la práctica, la «dictadura del proletariado» de Marx, cristalizó en formas «despóticas» de ejercicio del poder político, especialmente con el surgimiento y desarrollo del fenómeno estalinista en la Unión Soviética y otros países. Transformadas ellas, a través de la dogmatización del marxismo, en «la forma de Estado socialista expresión legítima, posible y real de las «leyes de la transición del capitalismo al socialismo», la «dictadura del proletariado» se convirtió en sinónimo de despotismo.

El problema de fondo, inescapable, es, por lo tanto, pronunciarse no sólo sobre aspectos teóricos o de lenguaje, sino sobre propuestas u opciones políticas concretas. Las palabras no son sólo expresiones formales sino que tienen su propia historia. Es esta última la que les da contenido.

Estimo, por tanto, equivocado que el Partido Socialista postule la «dictadura del proletariado» en Chile, porque tal propuesta no refleja, en términos reales, la naturaleza de la «República Democrática de Trabajadores», expresión utilizada en nuestro Programa elaborado en 1947. No se trata de un simple cambio de nombre. Es preciso trabajar arduamente para desarrollar este concepto y precisar su contenido

en relación con numerosas cuestiones tales como la organización concreta del Estado, la relación entre formas de democracia directa y representativa, y el necesario pluralismo que ha de caracterizar al socialismo en Chile.

Los socialistas no postulamos la imitación de ningún «modelo». En este sentido considero la experiencia del socialismo en el Este europeo como un punto de referencia valioso en múltiples aspectos, pero diversa del tipo de sociedad socialista que estimo deseable y posible para Chile.

La experiencia socialdemócrata europea es un fenómeno con raíces históricas, condicionantes políticos e internacionales y bases muy diferentes a las de Chile. No quiero con ello negar que ciertos aspectos específicos -pienso por ejemplo en algunos mecanismos de participación o en el concepto de seguridad nacional desarrollados en Suecia- puedan servirnos de útiles puntos de referencia. Los esfuerzos de organizaciones políticas socialdemócratas por tener una mayor expresión en América Latina me parecen positivos en la medida que ellos aporten al movimiento antiimperialista y democrático -como ha ocurrido en el caso de Chile-, operen como expresión solidaria generosa y no como forma de interferencia, y no estén inspirados en una tentativa de exportar un « modelo» socio-político que, a mi juicio, no corresponde a la realidad latinoamericana.

El eurocomunismo constituye un desarrollo positivo en el seno del movimiento comunista, especialmente en cuanto enfatiza la necesidad de que cada partido miembro del movimiento obrero diseñe autónomamente su propia política, Las soluciones específicas que han elaborado los partidos eurocomunistas corresponden a sus propias y particulares realidades.

Ch. A.: ¿Qué validez le concede usted a la Unidad Popular como organización y como proyecto político? ¿Cree usted que el proyecto político de la Unidad Popular sigue vigente y que debe ser retomado una vez derribada la Dictadura o cree usted que la izquierda chilena debe concebir otro proyecto político, claramente distinto de la Unidad Popular? En ese caso ¿cómo visualiza la alianza de la clase obrera con las capas medias? ¿Cree usted que es necesario analizar más a fondo la experiencia de la Unidad Popular? ¿Cree usted que la vía chilena al Socialismo era viable en las condiciones de esa época en el país? ¿Cree, por último, que el Socialismo chileno comprendió tal vía, que la apoyó y estimuló o que, por el contrario la entrabó?

Arrate: Un gran valor, en la medida en que ha sido la expresión unitaria cualitativamente más rica constituida por el pueblo de Chile. Su situación actual, en cambio, me resulta insatisfactoria. La vida de la Unidad Popular ha sido débil en el interior de Chile y en el exterior no ha sido capaz, no obstante esfuerzos bien intencionados, de superar los marcos que le impuso el pasado.

El proyecto político de la Unidad Popular fue elaborado para una coyuntura determinada. Hoy las condiciones son diversas y la izquierda chilena requiere de un nuevo proyecto que se caracterice por la efectiva comprensión del significado de nuestra experiencia y de las razones de nuestra derrota, por la precisa consideración de la realidad chilena actual y por el carácter renovador de las ideas-fuerza que lo inspiren. No basta, pues, con retocar el antiguo programa de la Unidad Popular mediante el debate entre los dirigentes. Se trata, por el contrario, de volcar hacia la base, en Chile y fuera de Chile, una problemática para reflexión y discusión que fructifique en una nueva propuesta democrática y socialista para Chile. Ello requiere un elevado grado de generosidad y confianza de sus partidos miembros. Los hechos dirán si realmente existe.

En cuanto a la organización de la Unidad Popular creo indispensable avanzar en el debate, ya iniciado hace algunos meses, sobre su reformulación. La derrota, el exilio, la lucha antifascista han conmovido al conjunto de la izquierda que debe ahora recoger las nuevas convergencias y discrepancias surgidas al calor de la reflexión teórica y la práctica política de los últimos años. El hasta esta fecha (15 de junio) todavía Secretario Ejecutivo «dimisionario» de la Unidad Popular, compañero Clodomiro Almeyda, propuso hace algún tiempo una reformulación sobre la base de tres corrientes: aquella de inspiración « marxista-leninista», aquella « racionalista» y aquella de matriz «cristiana». No he logrado hasta ahora tener claridad sobre sus implicaciones y sus fines prácticos. ¿Se trata de un ejercicio de clasificación o de una proposición orientada a reducir el número de partidos promoviendo su fusión en las corrientes mencionadas? ¿Se trata de, para reducir el número de partidos -que parece ser el leitmotiv permanente de su promotor- organizarlos en « tendencias » con una representación común? La proposición Almeyda sirve, en todo caso, como punto de partida para la discusión. Ella tiene el mérito de que sea desde dentro de la Unidad Popular, y no desde su exterior, que se plantee su propia crisis y la necesidad de superarla. La Unidad Popular exhibiría una innegable fuerza, madurez y confianza entre sus integrantes, si fuera capaz de llevar adelante este proceso.

Ch. A.: ¿Cómo concibe usted la lucha contra la Dictadura? Partiendo de la base de que la militarización de los Estados es un fenómeno casi regional ¿cómo piensa usted que se tiene que articular el cambio? ¿Cuáles cree usted que tienen que ser las fuerzas que se pueden unir en esta tarea? ¿Qué opina sobre la alianza con la Democracia Cristiana? ¿La concibe como una mera alianza táctica o como una alianza estratégica de largo plazo que no sólo debe fortalecerse en la lucha contra la Dictadura sino que en el proceso de cambio posterior? En buenas cuentas, ¿cómo cree usted que el Socialismo chileno debe encarar el proceso de transformación de la sociedad y del Estado en nuestro país una vez derribada la dictadura? ¿Qué rol le asigna a los militares en el futuro de Chile? ¿La alianza anti dictatorial debe incluir a los sectores de Derecha que se han pronunciado

contra la Dictadura?

Arrate: Concibo nuestra acción como una lucha política de masas capaz de generar un amplio y plural movimiento antifascista en el que participen los partidos democráticos, las organizaciones sindicales y sociales de diverso tipo y todo chileno que honestamente desee inscribirse, mediante la acción concreta, en la lucha contra la dictadura.

En este vasto movimiento las organizaciones de izquierda no pueden omitir la manifestación de sus ideas y de su propia propuesta democrática y socialista. La generación y desarrollo de la propia fuerza de la izquierda, aparte de ser una contribución indispensable, será garantía del carácter democrático pleno del régimen que suceda a Pinochet. En este sentido, sostengo que éste debe ser el eje de nuestra acción, en torno al cual la izquierda desarrolle diversas formas de entendimiento con otras fuerzas políticas y no a la inversa, colocando como elemento central la búsqueda de una alianza a la que la izquierda adecua y somete la expresión de su perfil y su política. En este marco estimo positivo incrementar cuanto sea posible las acciones comunes y la coordinación con el Partido Demócrata Cristiano, cuya fuerza e importancia en el proceso político actual constituyen una innegable realidad, tanto en los planos de la acción práctica cuanto en el de la discusión programática.

Considero el tema de la Democracia Cristiana como un tópico político de primera importancia que no se agota en la definición de una alianza, o de su carácter. En general, la izquierda vive aún un retraso analítico incuestionable en relación con la Democracia Cristiana. Por ello abundan los diagnósticos que abusan de la simple etiqueta, la definición esquemática, el enfoque «sociologizante», cuando no de la caricatura. Pesa entre nosotros la historia pasada, plena de antagonismo irreconciliables y criterios recíprocamente alternativistas. No hemos profundizado en el análisis de lo evidente: la capacidad de convocatoria de la Democracia Cristiana en Chile va más allá de los sectores de la burguesía o de las «capas medias», alcanzando, en proporción ciertamente no despreciable, a sectores del campesinado, el subproletariado urbano y la propia clase trabajadora. No basta para explicar este hecho una teoría simplista de la generación de la conciencia de clase, en virtud de la cual se trataría simplemente de un fenómeno de retraso en la percepción de los propios intereses identificándose con una representación política equivocada. Creo que el hecho señalado tiene su origen en ciertos contenidos de la propuesta democristiana en los planos político y cultural, contenidos que han estado ausentes o han parecido poco creíbles en la propuesta de la izquierda. Superar esta insuficiencia histórica significa desarrollar un modo diverso de relaciones con el «mundo cristiano» -comprendidos en él sus instancias políticas orgánicas, sus organizaciones laterales y de base, y la propia Iglesia- que requerirá de la izquierda una superación de la sustancia de su interpelación programática, una ética política clara y definida, un esfuerzo por hacer llegar su mensaje a través de un lenguaje simple y comprensible despojado de todo vestigio de secta o de logia. Pienso que la importancia, raigambre y tradición de la corriente del pensamiento cristiano en Chile obliga a un esfuerzo de este tipo. La construcción del socialismo en Chile requiere de ella como componente que, con idénticos derechos, participe en todas las etapas y niveles de la construcción socialista. Sin su aporte me resulta difícil concebir cualquier posibilidad de socialismo en Chile.

Creo no existen condiciones para llegar a una honesta y leal «alianza estratégica de largo plazo» con la Democracia Cristiana. Incluso parece difícil llegar a establecer una alianza de las denominadas «tácticas», si por ello se entiende un acuerdo formal de las direcciones políticas. Una alianza estratégica «de largo plazo» implica una generación, 20 o 25 años.

¿Resulta ello creíble para quienes participen hoy en la alianza y para la masa a quien ella va dirigida? En los últimos veinticinco años Chile experimentó cambios radicales, pasando a través del populismo de Ibáñez, el gobierno conservador de Alessandri, el progresismo de Frei, la vía chilena al socialismo de Allende y el fascismo de Pinochet. Enumerar los cambios en la situación internacional, incluida la propia América Latina, sería extenso. Una generación es un período largo y dinámico.

La izquierda no puede suscribir una «alianza estratégica de largo plazo» que no sea la construcción del socialismo en Chile. Y, por cierto, la Democracia Cristiana no podría concurrir a ella.

Estas reflexiones no apuntan en una dirección purista, aislacionista o, pseudorevolucionaria. Pretenden establecer un marco realista para las relaciones presentes y futuras entre el movimiento popular y el mundo cristiano no socialista, que haga posible entendimientos positivos dentro de los límites reales a que cada fuerza está sometida y fuera de los cuales, o pierde credibilidad su propuesta o se ve obligada a renunciar a elementos que son de su esencia.

Ch. A.: ¿Cree usted que la Dictadura puede ser derribada por un movimiento de opinión que la desborde o cree usted que habrá que recurrir a la lucha armada? o ¿cree usted que es posible y conveniente una solución gradual a la brasileña, donde se registran avances hacia la libertad y la democracia y hacia una mayor participación, pero sin desaparecer en lo sustancial la militarización del Estado? o ¿cree usted en un gobierno de transición civil provisorio que pueda llamar a elecciones? En este último caso ¿qué fuerzas cree usted que deben integrar tal gobierno? o ¿cree usted que el proceso tiene que tener un desarrollo que lleve directamente a la revolución socialista?

Arrate: No creo que la dictadura pueda ser derribada por un movimiento de opinión, sino por la lucha desarrollada a través de un movimiento político y social de masas.

No estimo conveniente una solución «gradual a la brasileña» donde persista «la militarización del Estado».

En cuanto a su posibilidad, ella dependerá de nuestra propia fuerza para ser capaces de impulsar una democracia plena.

En cuanto a un posible gobierno provisorio para convocar a elecciones o para enfrentar una situación de emergencia, pienso que, de ocurrir tal posibilidad, dicho gobierno debe tener un carácter nacional. Ello significa que ninguna fuerza política o social deberá restarse a asumir responsabilidades en él, como tampoco ninguna fuerza deberá ser excluida de efectuar su aporte a la tarea de reconstituir una forma de vida democrática.

No creo que existan posibilidades en el corto plazo para el desarrollo de un proceso revolucionario socialista en Chile. Pienso, no obstante, que sólo una fórmula social y política que apunte en la dirección del socialismo podrá entregar estabilidad al país e iniciar la superación definitiva de los principales problemas nacionales. Por condicionantes estructurales el problema central de Chile es superar el capitalismo. En el momento actual dicho problema tiene una expresión manifiesta en el antagonismo despotismo-democracia, pero la solución de éste mediante una fórmula política que restablezca la democracia no agota nuestra compleja problemática. Nuestra propuesta al pueblo de Chile, generada y discutida por él, debe necesariamente abordar el problema de la democracia y del socialismo.

UNIDAD Y RENOVACION DE LA IZQUIERDA (1980)

Ponencia presentada en el seminario «Condicionamientos estructurales e ideológicos de la democracia en América Latina», organizado en Santander, España, por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en septiembre de 1980. Publicada en Universidad Internacional Menéndez Pelayo, La Lucha por la Democracia en América Latina, Guadalajara, 1981.

1. En el último tiempo se ha hecho cada vez más aceptada, ya sea como simple sentimiento, como impresión o como conclusión del análisis, la idea que el régimen pinochetista posee una aspiración estratégica muchísimo mayor de la que se le atribuía anteriormente entre los medios políticos opositores. De uno u otro modo el fenómeno se asienta en una base indesmentible: la constatación que los siete años de dictadura se han convertido, para quienes detentan el poder, en la introducción o simple prólogo de un largo período histórico en que un reducido sector de la población aspira a imponer un proyecto de sociedad, coherente con sus singulares y minoritarios intereses de clase, que rompe radicalmente con las tradiciones políticas y culturales que, por decenios, constituyeron y expresaron parte esencial del modo de ser chileno, el núcleo central de una determinada forma de procesar el conflicto social.

La apreciación anterior no constituyó una parte del diagnóstico general de la izquierda chilena en los años siguientes al golpe militar en gran medida porque dos factores críticos parecieron convertirse en posibles desencadenantes de un proceso más bien rápido de debilitamiento de la dictadura y de su eventual desgaste y reemplazo. Uno de ellos ha sido la complejísima situación internacional que ha debido enfrentar Pinochet, derivada de la fuerza y permanencia del movimiento de solidaridad internacional con Chile, del aislamiento del gobierno chileno en la Organización de Naciones Unidas y, en general, en la comunidad internacional, y del deteriorado nivel de relaciones entre el gobierno chileno y el de Estados Unidos. La condenación internacional de la dictadura ha tenido, sin embargo, un marcado énfasis político, diplomático y moral. No es éste fenómeno responsabilidad del movimiento solidario sino, simplemente, una limitación objetiva.

En efecto, la condena política o ética no ha tenido correspondencia en el plano de las relaciones comerciales, económicas o financieras, de modo que la Junta Militar presidida por Pinochet ha recibido el apoyo generoso del gran capital internacional, disponiendo de un volumen de créditos como nunca antes disfrutó ningún gobierno en Chile y conquistando nuevos mercados para exportaciones más diversificadas que han alcanzado cifras récord. En el caso de los Estados Unidos las «sanciones económicas» o los intentos de tales han tenido prácticamente un carácter simbólico, en la medida que las fuentes de carácter público han sido mucho más que compensadas por los incrementos crediticios otorgados por instituciones privadas. La solidaridad internacional por la democracia, los derechos humanos y el socialismo, ha tenido su contrapartida en la «solidaridad» de las transnacionales y sus lógicas de expansión y ganancia.

La razón principal del hecho anterior es la coherencia del modelo económico aplicado por la dictadura con la necesidad de readecuación capitalista a nivel mundial. Este mismo factor fue insuficientemente considerado en los análisis que tendieron a enfatizar los efectos perniciosos de la política económica dictatorial como otro de los elementos críticos para la perdurabilidad del régimen. El extremo «liberalismo» de ese modelo generó consecuencias de la mayor gravedad en la vida económica y social de Chile, que se mantienen hasta hoy y que no podrán superarse en el marco de la política actual. Sin embargo, ese extremo «liberalismo» no ha constituido una suerte de irracionalidad o de absurdo en el esquema dictatorial, sino precisamente uno de sus principales supuestos de funcionamiento.

Mientras en su proyección propiamente interna el «ultraliberalismo» de Pinochet ha generado, entre otros, los problemas del desempleo crónico a niveles altísimos, del desmantelamiento de parte importante del aparato industrial, del desgaste no subsanado de la infraestructura nacional, en sus efectos externos ha permitido insertar con más funcionalidad capitalista a la economía chilena en el cuadro de las actuales relaciones económicas internacionales.

Más allá de la perversidad intrínseca de la política económica en relación con las necesidades inmediatas y básicas de la mayoría de la población, y de su inviabilidad como perspectiva de desarrollo a largo plazo, dicha política no se caracterizó ni parece caracterizarse por llevar implícitos gérmenes cataclísmicos

qué pudieran haber hecho previsible o hacer hoy día previsible un colapso súbito. Ella ha sido, en realidad, la motivación básica de la dictadura y, por lo tanto, no debe sorprender la tenacidad con que se persigue hoy crearle, minimizando al máximo los riesgos, una contrapartida institucional que garantice la supervivencia de sus bases esenciales por sobre los cambios, en todo caso marginarles, qué podrían producirse en el nivel de la superestructura política y jurídica.

Mientras la izquierda no percibió o se negó inconscientemente a percibir el respiro histórico burgués del proyecto de Pinochet, mientras elementos reales y objetivos dieron lugar a valoraciones exageradas de la debilidad dictatorial en aspectos o coyunturas críticas, le fue posible posponer él hacer cuentas consigo misma. El afinamiento de sus propios análisis, la presentación desvergonzada de los objetivos reales de Pinochet, la difusión de la conciencia de sus incapacidades estructurales como izquierda para hacer del conjunto, y no sólo de uno o de algunos factores críticos, las bases que permitieran el despegue vigoroso de un movimiento de masas con perspectiva triunfadora, han hecho que, finalmente, exista una práctica unanimidad en reconocer la situación de la izquierda chilena como una situación de crisis.

2. La expresión más patente de la crisis de la izquierda es, sin duda, su falta de proyección como fuerza efectiva en el escenario nacional. La izquierda está presente, existe, es parte de la realidad de Chile y quienquiera se plantee una proyección política a futuro debe considerarla como factor inevitable del cuadro general. Esa presencia, sin embargo, carece hoy de perfil, se manifiesta principalmente como una potencialidad y no como una fuerza efectiva capaz de incidir decisivamente en el cambio de la situación.

Más específicamente, la crisis se expresa en una asincronía entre la situación del Chile actual y el «modelo» de organización y funcionamiento de la izquierda. La izquierda chilena es una prolongación de su propio pasado, fructífero, unitario, glorioso a veces, pero pasado al fin; pasado que es factor esencial de su futuro pero que no puede por sí solo convertirse en el pilar básico de él. Mientras la sociedad chilena ha atravesado en la década recién terminada un período tumultuoso y, por muchos conceptos, traumático las fuerzas de izquierda no han sido aún capaces de reflejar su propia visión crítica de la etapa transcurrida, de asumir plenamente la experiencia social nacional, y de expresar ese reflejo y esa asunción en un nuevo modo de estructurarse, de definirse y de luchar.

No hay soluciones taumatúrgicas para el drama chileno. No es, no obstante, exagerado sostener que una redefinición de la izquierda en sus diversos planos es hoy una necesidad inaplazable, tanto para elevar la capacidad propia en la lucha antidictatorial, como para evitar que el futuro coloque a las fuerzas de izquierda y en general, a aquellas antidictatoriales, en situaciones de grave desvarío político en que, durante largos años, la opción mejor sea siempre la del «mal menor» que ofrece menos represión, pero ofrece represión, que concede algo más de democracia, pero nunca llega a aceptar una real y plena democracia. Tal redefinición constituye no un ejercicio en teoría sino un instrumento básico de lucha que identifique los motores de la acción que se propone, los objetivos claros y concretos que se persiguen en el período próximo y las grandes líneas -sujetas a permanente confrontación y enriquecimiento a través de una práctica de lucha- de la forma de organización social que se presenta, como gran aspiración nacional, a todo el pueblo.

Levantar los propios perfiles, hacerlos evidentes y convertirlos en fuerza concreta en la lucha actual no se contraponen -como a veces pareciera creerse- con una política unitaria más amplia que se exprese en la ejecución común de acciones de lucha antidictatorial. La ambigüedad en los planteamientos definitorios del quehacer político propio crea, por el contrario, un clima desfavorable a la generación de acuerdos con otras fuerzas que desconocen con claridad las coincidencias y discrepancias que forman, ambas, la base de entendimientos claros y honestamente respetados. Por otra parte, hacer de nuestro perfil estratégico, del necesario e irrenunciable contenido socialista de nuestro proyecto histórico un factor de división y de sectarización de tareas comunes antidictatoriales, constituiría un grave error. Significaría, en el hecho, renunciar a «hacer política», profetizar el acontecer victorioso de décadas venideras pero ser incapaces de transitar hacia ellas ejerciendo una acción transformadora que permita que, conseguido el fin, su consecución sea realmente atribuible a dicha acción y no simplemente a los efectos de las fuerzas que en el universo de las estructuras económicas definen un necesario desarrollo crítico de las formas de organización capitalista en países como el nuestro. Se trata de incidir en el mundo real en la dirección del socialismo, no de esperar el socialismo mientras se sostiene verbalmente su inevitabilidad. La izquierda chilena, no obstante sus diferencias internas, ha conseguido tras estos años mantener una unidad básica. Es éste un hecho excepcional y valioso. Generalmente la derrota divide, ya sea por la diversidad de puntos de vista sobre su interpretación, ya sea por la atribución recíproca de responsabilidades, ya por la separación que establece la realidad del exilio entre aquellos que luchan en el frente principal del interior y aquellos que lo hacen desde fuera; en fin, por la diversidad de experiencias, antes desconocidas como vivencia, a que el propio exilio expone a sus diversos componentes. La derrota incentiva y seguirá incentivando, como uno de sus efectos más persuasivos, tendencias, siempre germinales en todo movimiento revolucionario, a dejarse llevar por un pragmatismo destinado a avalar sólo aquello que resulta viable en un marco supuestamente fijo, supuestamente ajeno a la acción política transformadora, o a emprender el sendero de una lucha preñada de voluntarismo que tiende a desconocer todo marco objetivo de referencia suponiendo que es posible o prescindir de él o modificarlo según convenga.

La tarea es, pues, un gran desafío: elevarse, en condiciones como las difíciles de hoy, a la categoría de fuerza política protagónica, y a la vez, no excluyente, asumir como propio el trauma de Chile como nación y redefinirse en función de los fenómenos de hoy, expresarse con lenguaje y contenidos renovados

en un proyecto transformador de convocatoria nacional, constituyen tres aspectos estrechamente vinculados de una plataforma de trabajo común que permita superar la crisis. Y, además, hacerlo mientras se lucha, a través de la lucha, en un proceso que no es meditación de laboratorio pero tampoco es puro pragmatismo. Es decir, reconstruirse en un quehacer común que sea capaz de asumir el debate sobre las perspectivas y sobre el mañana sin por ello renunciar a la acción del presente y a su contenido fielmente transformador.

3. El período transcurrido entre 1970 y 1973 constituyó la culminación de décadas de lucha del movimiento popular, el momento en que trascendió en plenitud todo su inmenso potencial político pero en que, también, se expresaron todas sus insuficiencias, sus limitaciones y desequilibrios. 1973 puso término a una fase histórica de la izquierda chilena y marcó el inicio de una nueva que estamos hoy viviendo. Sin embargo, resulta insuficiente lo que, a pesar de vivir una etapa diversa marcada por signos diferenciadores muy nítidos, se

ha modificado la institucionalidad de la izquierda, es decir, su cuadro de partidos, el marco y protocolos de la relación entre ellos, la vida interna y las aspiraciones de vida interna de ellos mismos; la relación que intentan con quienes no pertenecen al partido, con las organizaciones sociales, en fin, con la masa. Los seis años siguientes al golpe transcurren entre el tenaz empeño común de reconstrucción orgánica en Chile y los esfuerzos de inserción en las diversas microcrisis del régimen dictatorial. En el exterior, se despliega una sistemática actividad de desarrollo y de sostén de la solidaridad internacional. En el plano político la izquierda sigue siendo esencialmente la misma, como si el quiebre histórico, cataclísmico, hubiera sido tal para la sociedad en su conjunto pero no para el mundo propio de nuestros partidos. Es así como en el plano de la interpretación política de nuestra pasada experiencia, los seis años siguientes a los tres de gobierno parecieran ser para algunos una simple continuación y no una ruptura. El conservantismo interpretativo de los primeros años se ve acentuado por la política explícita, que todos o casi todos los partidos compartieron, de limitar los espacios de debate propiamente político al interior de sus filas, cercar la discusión sobre el pasado o intentar interpretaciones oficiales o semioficiales elaboradas por direcciones o dirigentes, que fueron entregadas a la base más bien para su difusión que para su procesamiento crítico. La perspectiva frente a lo ocurrido sigue, en lo básico, siendo muy semejante a la preexistente de modo que, desde el punto de vista de la conciencia de sí misma, los años posteriores al golpe militar parecieran ser, para la izquierda, partes de un mismo período que los tres anteriores a ellos y las expresiones de análisis político semejan una proyección casi lineal de los esquemas de pensamiento predominantes durante el gobierno popular. De este modo el producto autocrítico ha sido, en general, justificatorio, muchas veces libresco, sin representar ni con mucho una ruptura intelectual y política del mundo anterior de la izquierda equivalente a la ruptura intelectual y política que ha despedazado el mundo anterior de la sociedad chilena en su conjunto asentándolo sobre otras bases. Es legítimo preguntarse: ¿pudo o debió ser de otra manera?

El golpe militar con su singular brutalidad y carga de venganza diezmó los cuadros de los partidos de izquierda. Una parte importante de ellos se vio forzada a emprender el camino del destierro. En la primera etapa los núcleos subsistentes de los partidos debieron cerrar filas, clandestinizarse estrictamente, reconstruir en condiciones extremadamente difíciles. Aunque la represión haya sido menos masiva e indiscriminada en los últimos años y se hayan ganado para las fuerzas democráticas ciertos espacios de libertad, progresó en cambio en tecnificación y en capacidad de golpear en los centros vitales de las organizaciones populares. El poder inmenso de un Estado autoritario, monopolista de las armas, la difusión de ideas y los recursos materiales, era antes desconocido para las organizaciones políticas y sociales chilenas desarrolladas en el seno de la república democrática liberal, con un parlamento que era el corazón de la actividad política y con un Estado de derecho en funcionamiento.

En el exterior, donde las condiciones permitían un desarrollo diferente, la izquierda institucionalizada se esforzó básicamente por mantener la unidad, por impedir su resquebrajamiento, por evitar la pendiente de las críticas recíprocas poco asentadas en la reflexión y sí, en cambio, en la pasión o emotividad producidas por la derrota. Durante un lustro las organizaciones políticas de la izquierda funcionaron con un exagerado verticalismo, las viejas direcciones permanecieron, las prácticas, estilos, lenguajes, los moldes de la discrepancia y del acuerdo parecieron perpetuarse en la institucionalidad política existente, menos sólida por supuesto en su ligazón con la base que le había dado vigencia, legitimidad y fuerza, aunque más consolidada ahora en sus vinculaciones internacionales. ¿Si se hubiera seguido una política menos rígida, habría la izquierda resistido un debate más creador, menos limitado? Ello no es seguro. Depende en última instancia, del concepto de unidad que una organización haya sido capaz de desarrollar. El de la izquierda chilena era lo suficientemente rígido, sacramental y, a veces, formal, como para que el debate requerido hubiera, posiblemente, puesto en jaque esa unidad. Dicho concepto está aún presente y, como señalaré más adelante, es una de las tareas actuales reformularlo y superarlo.

Todos aceptan hoy la responsabilidad de contribuir a robustecer la izquierda. La primera demostración de fortaleza de la izquierda debe expresarse en su capacidad de establecer un marco común aceptable para sortear, dentro de él, el proceso de revisión de sí misma. La crisis surge de circunstancias objetivas, no de voluntades personales caprichosas. Los procesos de división, escisión o trizadura en el seno de los partidos existentes no constituyen causas de la crisis, sino que son su efecto, sin perjuicio, por cierto, de una evidente interacción.

La crisis, al mismo tiempo que destruye tejidos crea otros nuevos o abre, al menos, las perspectivas de su creación. Diversas iniciativas concretas, en Chile y fuera de Chile, constituyen una demostración. No es éste un hecho sorprendente. El proceso crítico de la izquierda no es lineal, cerrado, preciso, con un

curso que pueda diseñarse previamente. Por el contrario, es un proceso abierto, cuyo resultado final no puede ser predeterminado ni menos aún profetizado hoy. La variedad de cauces existentes para la reconstrucción así lo demuestra y lo reafirma el entrecruzamiento de iniciativas y propuestas a los niveles direccionales y de base de diversas organizaciones políticas.

La crisis no plantea, pues, la destrucción de la izquierda como tal. Plantea su reconstrucción, su recomposición. En este sentido, la crisis se expresa en los vacíos, insuficiencias y ambigüedades del pensamiento y acción política de la izquierda, y en la maduración de cambios en las percepciones políticas producidos en los últimos años. No es, en consecuencia, una «crisis de crecimiento», una suerte de fenómeno casi natural en un movimiento cuyo desarrollo de masas adquiere, después de un largo período de reflujo, un nuevo dinamismo. El problema no es adjetivo. Definir la crisis de la izquierda como crisis de crecimiento significa desconocer su real naturaleza y hacer caso omiso del cuestionamiento de estilos, métodos y contenidos y considerarlos, por el contrario, factores positivos del crecimiento que se señala comoEs legítimo preguntarse: ¿pudo o debió ser de otra manera?

El golpe militar con su singular brutalidad y carga de venganza diezmó los cuadros de los partidos de izquierda. Una parte importante de ellos se vio forzada a emprender el camino del destierro. En la primera etapa los núcleos subsistentes de los partidos debieron cerrar filas, clandestinizarse estrictamente, reconstruir en condiciones extremadamente difíciles. Aunque la represión haya sido menos masiva e indiscriminada en los últimos años y se hayan ganado para las fuerzas democráticas ciertos espacios de libertad, progresó en cambio en tecnificación y en capacidad de golpear en los centros vitales de las organizaciones populares. El poder inmenso de un Estado autoritario, monopolista de las armas, la difusión de ideas y los recursos materiales, era antes desconocido para las organizaciones políticas y sociales chilenas desarrolladas en el seno de la república democrática liberal, con un parlamento que era el corazón de la actividad política y con un Estado de derecho en funcionamiento.

En el exterior, donde las condiciones permitían un desarrollo diferente, la izquierda institucionalizada se esforzó básicamente por mantener la unidad, por impedir su resquebrajamiento, por evitar la pendiente de las críticas recíprocas poco asentadas en la reflexión y sí, en cambio, en la pasión o emotividad producidas por la derrota. Durante un lustro las organizaciones políticas de la izquierda funcionaron con un exagerado verticalismo, las viejas direcciones permanecieron, las prácticas, estilos, lenguajes, los moldes de la discrepancia y del acuerdo parecieron perpetuarse en la institucionalidad política existente, menos sólida por supuesto en su ligazón con la base que le había dado vigencia, legitimidad y fuerza, aunque más consolidada ahora en sus vinculaciones internacionales. ¿Si se hubiera seguido una política menos rígida, habría la izquierda resistido un debate más creador, menos limitado? Ello no es seguro. Depende en última instancia, del concepto de unidad que una organización haya sido capaz de desarrollar. El de la izquierda chilena era lo suficientemente rígido, sacramental y, a veces, formal, como para que el debate requerido hubiera, posiblemente, puesto en jaque esa unidad. Dicho concepto está aún presente y, como señalaré más adelante, es una de las tareas actuales reformularlo y superarlo.

Todos aceptan hoy la responsabilidad de contribuir a robustecer la izquierda. La primera demostración de fortaleza de la izquierda debe expresarse en su capacidad de establecer un marco común aceptable para sortear, dentro de él, el proceso de revisión de sí misma. La crisis surge de circunstancias objetivas, no de voluntades personales caprichosas. Los procesos de división, escisión o trizadura en el seno de los partidos existentes no constituyen causas de la crisis, sino que son su efecto, sin perjuicio, por cierto, de una evidente interacción.

La crisis, al mismo tiempo que destruye tejidos crea otros nuevos o abre, al menos, las perspectivas de su creación. Diversas iniciativas concretas, en Chile y fuera de Chile, constituyen una demostración. No es éste un hecho sorprendente. El proceso crítico de la izquierda no es lineal, cerrado, preciso, con un curso que pueda diseñarse previamente. Por el contrario, es un proceso abierto, cuyo resultado final no puede ser predeterminado ni menos aún profetizado hoy. La variedad de cauces existentes para la reconstrucción así lo demuestra y lo reafirma el entrecruzamiento de iniciativas y propuestas a los niveles direccionales y de base de diversas organizaciones políticas.

La crisis no plantea, pues, la destrucción de la izquierda como tal. Plantea su reconstrucción, su recomposición. En este sentido, la crisis se expresa en los vacíos, insuficiencias y ambigüedades del pensamiento y acción política de la izquierda, y en la maduración de cambios en las percepciones políticas producidos en los últimos años. No es, en consecuencia, una «crisis de crecimiento», una suerte de fenómeno casi natural en un movimiento cuyo desarrollo de masas adquiere, después de un largo período de reflujo, un nuevo dinamismo. El problema no es adjetivo. Definir la crisis de la izquierda como crisis de crecimiento significa desconocer su real naturaleza y hacer caso omiso del cuestionamiento de estilos, métodos y contenidos y considerarlos, por el contrario, factores positivos del crecimiento que se señala como marco principal. No habría, pues, mucho que corregir o cambiar en el seno de la izquierda. La definición de la crisis como de crecimiento lleva implícito el ánimo de desconocer carácter de crisis de ideas y de acción y de atribuirle una magnitud limitada, puramente coyuntural.

Percibo el fenómeno como muchísimo más vasto. La actual crisis de la izquierda debe ser entendida como un proceso que abarca los planos orgánico e ideal y que afecta al conjunto de las organizaciones que la integran. Es ese conjunto, como tal, el responsable de superarla.

4. ¿Cuál es el objeto de la crisis? Es posible identificar dos elementos básicos: una determinada forma de concebir la lucha política revolucionaria como quehacer global y la forma de organizar la energía política existente y potencial. Ello no significa que el conjunto de la izquierda haya llegado ya a la convicción que los dos elementos señalados deben ser reformulados. La crisis no se produce porque

esta constatación sea un hecho unánime -que está lejos aún de serlo sino, precisamente, porque el conjunto del cuerpo político de la izquierda es atravesado por un contraste, una contradicción, una diferencia, que se expresa en una tendencia a la conservación y una tendencia a la renovación de los contenidos y formas consagradas que constituyeron por largo tiempo la solución aceptada a las dos problemáticas que señalo. No es posible entrar en estas páginas en una rigurosa revisión de lo que estas dos posturas diversas significan con respecto a múltiples factores definitorios. No constituyen ellas, por otra parte, tendencias más o menos orgánicas, precisas, con relieves absolutamente perceptibles. Son, al contrario, expresiones difusas no siempre fáciles de configurar.

Dos elementos básicos pudieran identificarse, a manera de hipótesis de trabajo, como los grandes discriminantes entre conservación y renovación en la izquierda. El primero, el análisis de la cuestión del Estado, el segundo la vinculación entre democracia y socialismo.

Ambos están, obviamente, relacionados entre sí y profundamente enraizados, como nudos problemáticos, con la experiencia propia del movimiento popular chileno. No en vano el proyecto allendista planteó a la izquierda el desafío de trabajar con una percepción herética del Estado burgués liberal y también el desafío de hacer práctica una determinada concepción de la vinculación concreta entre democracia y socialismo. La opinión que se tenga sobre las insuficiencias y errores cometidos durante la experiencia allendista -algunos de ellos específicamente en relación a los dos temas señalados- no puede anular el reconocimiento de su originalidad y el valor inmenso que representó como tentativa específica de plantearse la lucha por el socialismo y su construcción. Es decir, la temática de hoy no es nueva, pues estuvo generalmente implícita en el curso de nuestra historia como movimiento político y social. Por lo demás, ambos temas han estado, en último término, siempre presentes en los debates del movimiento obrero, en cada experiencia revolucionaria y son hasta hoy parte del núcleo de problemas teóricos que se han planteado los más destacados pensadores de inspiración marxista. Lo particular en la actualidad no son los temas en sí mismos sino el momento y circunstancias en que surgen ante nosotros. Ellos constituyen, por una parte, el meollo del debate que recorre hoy día a todo el movimiento obrero, a comunistas, socialistas y demás tendencias de la izquierda en el mundo. La discusión ha adquirido relevancia particular en momentos en que, con diversos significados, se habla de una crisis del marxismo. Más allá de la aceptación o rechazo de este concepto resulta innegable hoy día reconocer que las materializaciones prácticas de los marxistas plantean problemas no resueltos, serios flancos críticos que día a día se expresan con indesmentible evidencia. Aparte del significado lacerante que tuvo para la vertiente comunista del movimiento obrero, desarrollada en toda su primera etapa sobre la base del monolitismo, la ruptura chino-soviética ha sido sólo una de las varias expresiones serias de disidencia. El surgimiento de tendencias autonomistas, más allá de la Yugoslavia de Tito, explicitadas en 1957 por Togliatti, fue madurando en el fenómeno denominado «eurocomunismo». Por otra parte, el momento actual presenta al interior de diversos países del «socialismo real» de Europa del Este aristas críticas de magnitud tal que, una vez más, plantean con fuerza los problemas de la democracia socialista, de la participación, de la libertad.

Por lo que respecta a nuestra situación particular la derrota de proyección histórica de septiembre de 1973 ha, naturalmente, condicionado de manera decisiva los debates y desarrollos internos. En general, en la izquierda hemos tendido a elaborar explicaciones del fracaso final y de los comportamientos políticos que inmediatamente lo precedieron. No ha habido esfuerzo de igual magnitud para explicar cómo y porqué triunfamos en 1970, cómo y porqué la experiencia revolucionaria de Allende, aún en el marco institucional rígido que le fue dado, logró desarrollarse intensamente durante tres años. El énfasis en el primer problema ha reforzado, al asociar la vía allendista al socialismo con la derrota final y dejar en un segundo plano la victoria de 1970 y las perspectivas que ella abrió, las tendencias interpretativas más conservadoras que tienden a buscar refugio explicativo en las categorías marxista-leninistas en su formulación más clásica y difundida, elaborada y codificada durante el período estalinista y, sin grandes revisiones, sostenida hasta hoy día por la dogmática oficial. La derrota, para quienes se ubican en este ángulo, se produce, en lo básico, por no haber sido la izquierda «suficientemente leninista». Por cierto, sonaría a absoluta herejía sostener que la victoria podría atribuirse a igual razón y, sin embargo, es una hipótesis que, en lo sustantivo, valdría la pena examinar. Esta vertiente interpretativa, que no es atribuible en forma exclusiva a un partido determinado, tiende a enfatizar en el proceso reconstructor los elementos centralizadores, el concepto de «conducción única», la idea de «homogeneidad». El énfasis en el análisis del Estado sigue siendo en los aspectos que recoge su definición más clásica, es decir, en su carácter coercitivo. La vinculación entre democracia y socialismo no es percibida como una temática central en la medida en que democracia es identificada con aquella preexistente al triunfo de Allende y se otorga a su expresión jurídico-institucional el rol de limitante decisivo en el accionar político del gobierno entre 1970 y 1973. La vida, sin embargo, plantea una problemática diversa cuando se percibe que necesariamente el terreno de la democracia es en Chile aquel que permite batirse con mayor legitimidad y perspectivas de éxito, por mencionar tan sólo aspectos que pudiéramos denominar «tácticos», y que en la última década la «democracia» adquiere en el conjunto de América Latina una connotación claramente subversiva. La temática democracia-socialismo obliga, pues, a nuevas reflexiones y no puede lisa y llanamente agotarse en la afirmación voluntariosa pero poco útil que «el socialismo es la máxima expresión de la democracia».

En el plano de la organización de la energía política es ejemplar de la óptica a que me refiero una de las versiones del llamado «Bloque por el Socialismo» que recientemente ha sido propuesto como línea estratégica de reconstrucción de la izquierda:

«La concepción política clave que subyace en este proyecto de reconstrucción de la izquierda... es la de que cada uno de sus componentes orgánicos... aporta al conjunto del movimiento popular un valor específico representativo de un auténtico espacio social e ideológico en el espectro político de la izquierda chilena. Un aporte que no puede reemplazarse... Un aporte específico que no es antagónico, sino complementario al de los otros Componentes...»

Y se agrega:

«Pensamos que la palabra Bloque, para caracterizar este nuevo estadio en el desarrollo unitario de la Izquierda, es el más adecuado, por cuanto da la idea de un cuerpo compacto, con una fisonomía única de conjunto, sin perjuicio de connotar también la idea de que ese conjunto esté compuesto de partes con identidad propia y espacio específico y cuyo ajuste y ensamble y complemento recíproco, es condición para la constitución del Bloque como conjunto.(1)

La propuesta, pues, se basa en el entendimiento del cuadro político de la izquierda como un cuadro de partidos con espacios específicos, social e ideológicamente «especializados». Los espacios no se yuxtaponen y las diversas partes ensamblan a la perfección. Ello hace posible «la idea de un cuerpo compacto». La proposición no recoge la riqueza de los fenómenos sociales, políticos e ideales que vivimos. Su carácter escolástico, de pretensión ordenadora, da nacimiento a un cuerpo de apariencia rígida cuyas posibles contradicciones internas no se señala cómo se resuelven o, más simplemente, parecen darse por eliminadas sobre la base de la atribución de «espacios específicos» a las diversas fuerzas. Sin perjuicio del valor de algunos de los elementos planteados, es preciso señalar que una tentativa de reconstrucción para que sea exitosa requiere reconocer que no existe en la izquierda chilena la posibilidad de establecer una relación lineal absoluta entre representación de clase, perfil ideológico, propuesta social y espacio político.

La izquierda chilena debe hoy, por el contrario, reconocer que ello no es un modelo posible ni deseable, y que la riqueza del camino al socialismo y de su desarrollo permite, precisamente, ofrecer ángulos, perspectivas, propuestas que no son idénticas y que, sin embargo, pueden situarse en el plano unitario que requiere nuestra lucha. El «Bloque por el Socialismo», en la versión específica a que me refiero, se plantea una forma de «unidad unánime», similar a la que ha conducido a la Unidad Popular a una casi paralización. Esta concepción, en vez de contribuir a una unidad dinámica en su diversidad interna, potente por su carácter creador, asentada en la realidad, pudiera eventualmente conducir, como conducen en general las concepciones de textura monolítica, a la división.

Necesariamente simplificando, es posible perfilar una tendencia de óptica diversa a la anterior, que recoge como elemento central en la derrota popular el insuficiente reconocimiento de las características del Estado chileno. La misma tendencia rescata, más allá de los errores cometidos en la situación específica entre 1970 y 1973, la democracia y el socialismo como un par indisoluble que se tuvo presente en la experiencia de la Unidad Popular no por un capricho taticista sino porque constituía una demanda indivisible de parte significativa del pueblo, que poseía, además, una capacidad convocatoria que iba social y políticamente más allá de los márgenes de la Unidad Popular. En el plano teórico esta óptica posee el antecedente indiscutible de una corriente autóctona de pensamiento político, cuya figura más destacada fue Eugenio González, que se planteó con décadas de anticipación muchísimos de los temas que están hoy en el centro del debate del movimiento obrero internacional.

En fin, es en este marco aproximado en el que se debaten problemas más específicos tales como la cuestión militar y su significado en la lucha por la democracia y en su consolidación, como el contenido de los conceptos de hegemonía y de pluralismo en el proyecto socialista, el nuevo rol de la Iglesia en América Latina y el de los cristianos como factor y como potencial revolucionario, el tema de las alianzas políticas y las formas de lucha en las diversas etapas. No hay ni puede haber en un proceso de reconstrucción una asociación absoluta, completa, entre las ópticas con que se observen los diversos temas. Por ello es quizá preciso decir que, aparte de constituir la anterior una visión puramente personal, ella incurre, sin duda, en inevitables simplificaciones.

5. La reconstrucción de un amplio y poderoso movimiento de Izquierda es una condición indispensable para el derrocamiento de la dictadura en Chile. La tarea es, al mismo tiempo, un proceso que, como más de uno ha expresado, no se agota en ejercicios de cúpula política. Tan sólo como una contribución, que no pretende ser definitiva, a ese proceso de discusión y acción, planteo las siguientes ideas:

1) La reconstrucción de la izquierda chilena comprende los planos teórico y orgánico. Una izquierda reconstruida deberá expresarse en una superación y enriquecimiento de sus categorías de análisis, y en una forma renovada de articular su fuerza para la acción.

2) La reconstrucción es una tarea a la vez teórica y práctica. Si no se va materializando en convergencias de acción se convierte en un puro ejercicio intelectual. Si se limita a una práctica de lucha, sin que ella se inspire en una común reflexión y en una evaluación compartida, se corren los riesgos del taticismo y del pragmatismo.

3) El proceso de reconstrucción es posible de llevar adelante como parte de la lucha concreta. Es más, no habrá reconstrucción válida si ella no se alimenta de esa práctica. Los esfuerzos reconstructores pueden y deben, en consecuencia, ser una palanca de movilización.

4) Ello es posible si la izquierda es capaz de preservar una unidad en cuyo marco se promueva y desarrolle un debate muy amplio, no excluyente, democrático, orientado a generar ideas comunes concretas que vayan conformando una alternativa histórica para nuestro pueblo en torno a las ideas vinculadas de democracia y socialismo.

5) La reconstrucción requiere de una precisión más profunda, propiamente de una revisión, de la idea de unidad que ha servido de base hasta ahora a la izquierda chilena. El concepto de unidad empleado peca, a nuestro juicio, de un extremo formalismo, limita la interacción posible, lógica y beneficiosa entre los partidos integrantes del conglomerado, rigidiza innecesariamente las relaciones en la base, especialmente en condiciones como las actuales en que el vínculo entre partidos y masa está debilitado y operan nuevas formas de intermediación a través de diversas organizaciones que actúan con bastante autonomía o que surgen al calor de aspiraciones, demandas o inquietudes populares que tienden a organizarse espontáneamente.

6) Es preciso también reconsiderar la definición sobre los pilares básicos de la unidad. En el caso de Chile más de dos décadas de unidad socialista-comunista dieron un sello característico al movimiento popular y consiguieron conducirlo a importantes victorias. La mantención de esa unidad como un «eje» central no recoge hoy día, sin embargo, nuevos fenómenos de la mayor importancia. No se trata de destrozarse lo logrado en común y ejemplar esfuerzo por las dos vertientes clásicas que han expresado las aspiraciones de una parte muy mayoritaria de los trabajadores chilenos, sino de renunciar a sostenerla como eje dominante exclusivo y excluyente. El problema planteado hoy día por el desarrollo, en el conjunto de América Latina y también en Chile, de un vasto y creciente contingente cristiano que se bate por el cambio social, no se agota en el reconocimiento de su importancia o en expresar que tiene un carácter «insustituible». Lo primero es, a estas alturas, un lugar común político. Lo segundo es obvio. De lo que se trata es de renovar y enriquecer la capacidad de convocatoria popular reconociendo explícitamente que es la unidad de las corrientes socialista, comunista y cristiana de avanzada la que constituye hoy el pilar de nuestra fuerza, y que dicha unidad se puede reconstruir y fortalecer reconociendo que las tres vertientes poseen iguales derechos en la lucha de hoy y en el quehacer político de mañana, y que los tendrán en el Estado socialista que se proponga como objetivo último. Aceptar como idea y construir en la práctica esta forma de hegemonía compartida, pluralista y democrática, constituye el principal desafío que se nos abre hoy. Superarlo y concretarlo sería una singular contribución a generar nuevas posibilidades de reactivar, sin excluir medio alguno, la lucha por la democracia y por un proyecto socialista que haga de su carácter profundamente libertario una fuerza interna capaz de contribuir a una dialéctica social más rica en los planos tanto material como espiritual.

1. Clodomiro Almeyda, «De la Unidad Popular hacia un Bloque por el Socialismo», en Cuadernos de Orientación Socialista, núm.. 2, junio 1980.

CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS EN LA IZQUIERDA CHILENA (1981)

Ponencia presentada en la Mesa Redonda «Convergencia Socialista y Unidad Democrática», organizada en Rotterdam, Holanda, en diciembre de 1981 por el Instituto para el Nuevo Chile. Publicada en la revista Chile-América, números 78-79, abril-junio de 1982, Roma, Italia.

La izquierda chilena está siendo, como conjunto, atravesada por dos tensiones principales. Una, la tensión entre los múltiples y diversos requerimientos de la lucha inmediata y los desafíos impuestos por la necesidad de renovar su modo de ser y su propuesta social.

Dos, la tensión entre el proceso objetivo de fragmentación en su interior y la voluntad común y necesidad de conservar y perfeccionar una fórmula unitaria básica.

La primera tensión presenta dos riesgos bastante evidentes que en sus versiones extremas serían los siguientes: por una parte una suerte de pragmatismo que, enfatizando los aspectos concretos de la lucha actual, pretenda sostener la necesidad de postergar toda discusión de naturaleza estratégica o básicamente teórica. Por la otra una forma de «estrategismo», manera de concebir la política como abstracción que se desarrolla por encima del proceso social, y que orienta casi todo el esfuerzo a predefinir ciertas bases estratégicas comunes en el hecho condicionando la ejecución plena de acciones de lucha a esta suerte de etapa previa. Ambas descripciones, necesariamente simplificadas, reflejan, sin embargo, fenómenos que en mayor o menor grado son claramente perceptibles en determinadas conductas políticas actuales y que tienen un trasfondo explicativo no explicitado.

La primera expresa, más que una minusvaloración de las cuestiones teóricas o de las definiciones proyectuales, una conformidad con determinados esquemas teóricos o con determinadas interpretaciones de ellos. Expresa, asimismo, una aceptación implícita de paradigmas sociales que con su sola existencia definen de por sí uno o varios modelos que deben ser considerados como elementos estratégicos básicos del propio proyecto y que por lo tanto, ahorran la urgencia de definirlo independientemente. En este marco, todo intento de revisar interpretaciones teóricas, sostener otros conceptos sobre el uso y aplicación de la teoría u objetar los paradigmas, constituye una tarea innecesaria, si no inútil, para algunos disolvente y desgastante.

La tendencia «estrategista» surge en buena medida como una expresión de impotencia para insertarse en el proceso social de manera eficaz. Es, como desviación, la expresión de una carencia para configurar modos concretos de luchar en la situación actual. Constituye una forma de resignación a incidir hoy, eficientemente, en el curso de los eventos políticos.

La segunda tensión puede desembocar en resultados no deseados si su tratamiento no se ajusta a los hechos reales, es decir, al reconocimiento de la existencia de fenómenos de disgregación y recomposición

político-partidista, a la constatación del surgimiento de un tipo diverso de relación entre las organizaciones políticas y los movimientos sociales, y al hecho que dichos fenómenos obedecen no a caprichos subjetivos sino a la objetividad del desarrollo de la resistencia en Chile en el marco de la forma específica que ha ido asumiendo la dictadura. Entre los tratamientos incorrectos del problema destaca un esfuerzo de corte maximalista destinado a reimponer un molde unitario sobre bases prefijadas por determinados sectores políticos o la peligrosa tentación de simplemente decretar la existencia de un grado tal de divergencias que hacen imposible cualquier molde unitario.

Las tensiones planteadas sólo pueden tener una resolución positiva -entendiendo por tal aquella que potencie al máximo objetivamente posible la fuerza conjunta de la resistencia antidictatorial- en la medida que, uno, se configuren claramente opciones coherentes de lucha y de construcción social y, dos, se reestructure un equilibrio unitario más estable para el conjunto de la izquierda y para el conjunto de la resistencia democrática.

2. Los hechos han ido porfiadamente confirmando algunas apreciaciones formuladas ya durante las primeras expresiones orgánicas de la crisis de la izquierda en el sentido que ella constituía una ruptura que afectaba las bases ideales mismas de los entendimientos político-estratégicos, incluso al interior de cada uno de los partidos.

Para una izquierda con un tan alto grado de ideologización como la chilena no ha sido un factor insignificante en la revisión crítica de sí misma el proceso de discusión general, especialmente intenso en la década recién pasada, desarrollado en el conjunto del movimiento obrero internacional. Ese debate ha abarcado tres de los elementos básicos que constituían aún con importantes matices, soportes sólidos de la manera de pensar predominante en el conjunto de la izquierda chilena en los últimos quince años. El primero, la naturaleza de las sociedades del «socialismo realizado», especialmente las de Europa del Este y el reconocimiento de sus limitaciones, sus insuficiencias y deformaciones no superadas. Mientras en la década del setenta se profundizó en el seno de las organizaciones de izquierda de diversos países del mundo el impacto traumático de los sucesos checoslovacos de 1968, la década de los ochenta pareciera destinada a llevar el signo de los acontecimientos polacos. El segundo, evidente consecuencia del anterior, el examen crítico de los fundamentos teóricos de dichas experiencias y de las sociedades del «partido- Estado», concretamente de la codificación específica denominada «marxismo-leninismo» que sirve de base de sustentación teórica y legitimación ideológica en dichas sociedades. El tercero, corolario de los anteriores, el contenido mismo de la «idea socialista». Este debate ha ido más allá de la discusión sobre las vías nacionales y su

validez, punto generalmente aceptado, al menos en teoría, para adentrarse ya en apreciaciones valorativas sobre las diversas vías y diferentes formas de construcción socialista.

El impacto de esta temática, de profundo contenido renovador, significó para la izquierda chilena la ruptura de un marco teórico que constituía un uniformador esencial para su forma específica de existencia y desarrollo. No es este el momento para analizar en más detalle la forma en que la izquierda asumió o practicó dicha teoría. Hacerlo significaría adentrarse en toda su historia reciente y dilucidar, entre otras cuestiones, las causas y el significado de la evidente contradicción entre una determinada práctica que se concretó fundamentalmente en el proyecto allendista de socialismo para Chile y la forma en que la izquierda se definió en teoría, estableciendo entre ambas una asimetría permanente. Para los efectos del presente argumento aquello que es preciso subrayar es el rol de sostén que tuvo la teoría, y específicamente una cierta interpretación del marxismo-leninismo, para crear un marco de apreciación común al conjunto de la izquierda, incluidos hasta aquellos sectores que no llegaron formalmente a compartir la definición ideológica básica. El «sentido común político» del militante de izquierda correspondía mayoritariamente a esta matriz básica cuya hegemonía se hizo indiscutible. La ruptura teórica, no exclusiva de nuestra izquierda, ha operado en un cuadro particular marcado por la derrota de la experiencia allendista. Por una parte, el fracaso de 1973 genera una diversidad de interpretaciones y un debate que, aunque mantenido en general en un tono menor, tiene también un efecto significativo en las diversas organizaciones. La magnitud de la derrota, apreciada tan sólo con el transcurso del tiempo, genera condiciones de repliegue y, por momentos, hasta de marginalización de la izquierda de la vida nacional, al menos de la izquierda entendida como una expresión partidista. La derrota tiende a colocar en un plano relevante las diferencias y a relajar los lazos de unidad.

Las alternativas que el proceso va planteando sucesivamente comienzan a ser enfrentadas de manera diversa.

El proceso de ruptura culmina hoy día en un hecho que, para el conjunto, resulta ocioso y perjudicial negar:

La izquierda chilena no tiene en este momento un proyecto histórico común. Discrepa en las bases teóricas del mismo, tiene visiones contrapuestas de los paradigmas que se ofrecen como solución a adoptar, no puede sostener con certeza que comparte una misma idea de lo que es el socialismo.

De los variados elementos que configuran esta discrepancia básica, algunos son especialmente destacados: el significado de la democracia, la valoración de la autonomía y el carácter y aplicación de las formas de lucha. El primer tema ha planteado para buena parte de la izquierda el debate sobre la vinculación entre democracia y socialismo y, con ello, la discusión sobre el carácter, limitaciones y logros de la democracia liberal, más concretamente el reconocimiento del hecho que la democracia liberal tiene contenidos que han de constituir, en un nuevo marco, desarrollados y profundizados, parte inherente de una democracia de trabajadores o si, en cambio, la democracia socialista constituye una concepción tan profundamente diversa de la liberal que muchos de los valores o contenidos de ésta no son rescatables

o deben ser suprimidos y sustituidos. El segundo ha constituido también un factor de distanciamiento de tendencias en la medida que frente a la importante corriente de fuerte desarrollo en América Latina que enfatiza cada vez más la comunidad de intereses y propósitos de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo con los objetivos generales de la Unión Soviética y el bloque de países del «socialismo experimentado», se expresa en la izquierda chilena una tendencia opuesta que enfatiza la autonomía de los procesos revolucionarios y la no alineación efectiva de su política. El tercero ha sacado a luz matices decisivamente divergentes que dicen relación con una valoración diversa de la relación partido-masa y de la vinculación de los partidos y las organizaciones y movimientos sociales, con concepciones discrepantes sobre el carácter y forma de la vanguardia política, en fin, con la dialéctica de aplicación de la fuerza social de masas y de la fuerza militar en los diversos momentos del proceso de lucha.

La configuración de opciones diversas en el seno de la izquierda hace indispensable plantearse algunas reflexiones sobre su relación dialéctica. Constituyen ellas opciones político-sociales que estarán presentes por un largo período en el seno de los trabajadores chilenos generando una contradicción que es preciso enfrentar y resolver positivamente.

3. La reestructuración político-orgánica de la izquierda no es una elaboración de gabinete que pueda dibujarse como un simple -o aún complejo- ejercicio intelectual. La reestructuración se da en el proceso mismo de lucha contra la dictadura en que las ideas surgidas hasta ahora y las que habrán de nutrirlo en el futuro son sometidas de inmediato al examen de la práctica. ¿Podrá esa praxis generar un marco efectivamente unitario capaz de absorber y potenciar con positivismo las amplias áreas de acuerdo existentes y aquellas áreas de discrepancia? A lo menos dos condiciones básicas contribuirán decididamente a reformular un nuevo equilibrio unitario de la izquierda.

La primera es el restablecimiento sólido de la corriente socialista, de contenido renovador, tanto en términos de proyecto como de expresión orgánica. La asunción de este esfuerzo como hecho de contenido y perspectiva unitaria para el conjunto de las fuerzas populares no es fácil sin dejar de lado no una justa y legítima pretensión o aspiración hegemónica sino una práctica política hegemónica, destinada más a dificultar el proceso señalado, a visualizarlo y presentarlo como una anomalía o como un agresión a otras posiciones, y, en definitiva, a maniobrar para frustrarlo.

En este plano se gestan paralela y simultáneamente varios procesos destinados a contribuir a dicho redimensionamiento: los esfuerzos de reunificación socialista, el impulso a dar forma concreta a la denominada «nueva corriente popular», y el proceso ya en marcha desde hace algún tiempo denominado «convergencia socialista». Esta última constituye ya una idea y una realidad avalada por la progresiva aceptación común y reconocimiento de los afanes renovadores compartidos y por un sinnúmero de coincidencias estratégicas y tácticas que, incluso aunque no estén plena y explícitamente establecidas, constituyen un haber común de las fuerzas que se reconocen «convergentes». La «convergencia socialista» debe, pues, ser reconocida primero y ahora como una fuerza ideal y orgánica viva y concreta, como un hecho ya producido. La «convergencia socialista» ha dejado de ser un proyecto o una idea nutrida por conjuntos de intelectuales. Por el contrario, es, existe ya, expresada en innumerables instancias y en el reconocimiento de coincidencias suficientes, más allá de los procesos orgánicos que se produzcan a continuación. Es en el marco de la «convergencia» donde adquieren vitalidad efectiva las otras iniciativas que, fruto de un examen superficial, han querido a veces demostrarse como contrapuestas al proceso convergente. La reunificación socialista, centrada desde el punto de vista ideológico en el rescate de las definiciones fundacionales del socialismo chileno, de los contenidos políticos básicos del Partido Socialista Popular acogidos por el socialismo chileno en su Congreso de Unidad de 1956 y del aporte central del pensamiento y práctica política del Presidente Allende, constituye un proceso orientado a fortalecer el proyecto socialista convergente. Asimismo los afanes de estructuración de la «nueva corriente popular», animados por sectores de los partidos de origen fundacional cristiano, deberían inscribirse en igual perspectiva. Las formas específicas en que se relacionen las tendencias convergentes y el grado en que logren fundirse orgánicamente es un capítulo todavía abierto para el que no existe una salida única. La alternativa no es entre converger y no converger si el propósito aceptado es el redimensionamiento orgánico y político de la corriente socialista, con todos sus componentes. Dicho redimensionamiento puede expresarse en formas más o menos movimentistas, más o menos partidistas, en una pluralidad orgánica o en una unidad orgánica. El resultado orgánico de la «convergencia» no estará determinada exclusivamente por el grado de coincidencia en ideas y práctica política. Intervendrán también en él factores de tipo histórico, desigualdades en el desarrollo de determinadas ideas, tradiciones que no han sido, y tal vez no serán, asimiladas en común.

La segunda es la capacidad de establecer en el interior de las fuerzas de izquierda una dialéctica de unidad y lucha capaz de procesar el hecho de la existencia de concepciones estratégicas en ciertos aspectos contrapuestas pero capaces de interinfluirse. Para ello el primer paso es el reconocimiento de la realidad de dos visiones y su expresión con claridad. Obviar los perfiles y aristas de la propia o considerar la ajena como desviación, deformación o anomalía, no contribuyen, ni lo uno ni lo otro, a asumir correctamente las diferencias.

Las dificultades para generar este nuevo estilo de dar curso a la pluralidad intrínseca de nuestra izquierda no son pequeñas. Desde ya exige que la izquierda como tal, o sus diversas partes o segmentos, genere y exprese una capacidad de teorizar su propia práctica o, desde el ángulo opuesto, de practicar su teoría. No fue ésta una de las características más destacadas de la izquierda chilena en el pasado, especialmente en su etapa de mayor auge. Exige también la erradicación de todo afán hegemónico no fundamentado en la discusión abierta y franca en la práctica común de lucha.

4. Desde el punto de vista de la convergencia socialista varias son las cuestiones que parecieran estar a la orden del día. Entre ellas:

a) Generar puntos de referencia convergentes en los diversos planos de la actividad política y social, en Chile y en el exilio. El proceso convergente se ha desarrollado hasta ahora por canales diversos, a veces no debidamente conectados o coordinados. Es una característica del proceso mismo. No se trata de racionalizar la anarquía, pero es básico reconocer que un proceso renovador que surge en las peculiares condiciones que vive hoy la izquierda chilena (dispersión, reorganización, diversidad de centros, multiplicidad de influencias externas) no puede ser un proceso previamente programado. Parte de la renovación -y parte importante- consiste en la revalorización de la actividad de base expresada en una forma «espontánea orgánica», es decir, surgida de iniciativas no necesariamente clasificables en la orgánica existente pero que apuntan en su intencionalidad a constituir formas orgánicas sólidas.

Parte de la renovación consiste también en la búsqueda de formas menos verticalistas o centralizadoras que las predominantes en el pasado para canalizar el potencial de rebelión y lucha del pueblo y de sus diversas capas y grupos. Aspirar a una convergencia «centralizada» sería un error. Por cierto, renunciar a la aspiración de formar orgánicas precisas en el futuro más próximo posible, constituiría un error opuesto al anterior.

b) Abrir una discusión sobre los temas centrales de la opción estratégica que se está prefigurando. Ello no es incompatible o contradictorio con las necesidades de la lucha concreta, como a veces se quiere sostener por algunos, sino complementario y esencial. No se trata de reducir todo a teoría ni de enfrascarse en abstracciones que están tan sólo al alcance de la comprensión de unos pocos. Se trata en cambio, de darle significado concreto, en cada área de problemas, en cada sector social en cada instancia de convivencia social, a los grandes lineamientos del proyecto estratégico convergente.

c) Proponer un programa de acción común inmediata capaz de comprometer, de acuerdo a los niveles de coincidencia alcanzados, a las distintas fuerzas convergentes - partidos, independientes, grupos representativos- en tareas de lucha que sean específicas y que tengan expresión en la realidad chilena. El programa de acción común debe prever también los mecanismos de preservación de la acción unitaria con las otras fuerzas no convergentes de la izquierda y con otras fuerzas democráticas.

RESCATANDO EL PASADO PARA CONSTRUIR EL FUTURO (1982)

Parte del discurso pronunciado en el 49 aniversario de la fundación del Partido Socialista de Chile, en el acto conmemorativo realizado en París, Francia, el 31 de abril de 1982. Publicado en el Boletín Informativo del Partido Socialista de Chile, mayo de 1982, Rotterdam, Holanda.

Quienes nos reunimos aquí hoy día sostenemos ser, desde el punto de vista de la legitimidad histórica y programática, el Partido Socialista de Chile; los herederos auténticos de la tradición revolucionaria, popular, internacionalista, autónoma y nacional construida por los aportes de Grove, Matte y Oscar Schnake, de Eugenio González y Salomón Corvalán, de nuestro más noble y valeroso militante, Salvador Allende. Pero, al mismo tiempo que reclamamos sin concesiones esta legitimidad para nuestros principios e ideas, reconocemos que, desde un punto de vista orgánico, no todos los auténticos socialistas chilenos forman parte de nuestro partido y que muchos de ellos se inscriben hoy en diversos grupos escindidos del tronco partidario o, frustrados por el proceso dispersivo de los últimos años, no militan activamente. La inmensa mayoría de los socialistas que viven en Chile se hallan en esta condición. Reincorporarlos en la lucha en las filas del Partido y en el marco de la Convergencia Socialista exige de nuestra parte, exige de nuestros militantes, desprenderse de todo afán injustificado de demandas hegemónicas, de todo sectarismo o espíritu de capilla. Es ésta la posición no sólo de quien habla, sino del conjunto de nuestra dirección en Chile y fuera de Chile, encabezada en el país por nuestro Secretario General. Los socialistas no podremos hacer el aporte que la hora actual nos exige si aspiramos a vivir como pequeña secta volcada hacia adentro, enfrascada en interminables problemas internos. El Partido y todos sus militantes deben desplegar hacia fuera de la organización las ideas y criterios partidarios, participar de la discusión sobre ellos, enriquecerlos, y hacerse portavoces de nuestro mensaje básico de esta hora: luchar, unir, renovar.

La dirección que encabezo en el exterior estima que las actuales condiciones partidarias -superados ya los problemas internos que entrabaron nuestra acción los últimos meses- son propicias para multiplicar nuestra iniciativa política y para restablecer la confianza en nuestra acción, el respeto por nuestra organización, el acatamiento a sus instancias direccionales y a sus normas democráticas internas.

Lo que nos debe importar hoy es afirmar nuestra decisión de plantear y ejecutar una línea clara y activa. Sólo así podremos luchar con eficacia, unir en la lucha misma, y renovar nuestros programas y proyectos. La renovación sin lucha es un puro ejercicio intelectual, un juego de iniciados. La lucha sin renovación nos conduciría a estrellarnos con la nueva realidad de Chile y a reincidir en errores del pasado. Sin unidad, sobre bases precisas -una unidad que reconozca y sea capaz de soportar las diferencias-, la lucha sería mucho más difícil y menos eficaz, y la renovación menos extensa en su impacto, más limitada en su alcance.

Quienes hoy, 49 años después de haber sido izadas, seguimos agitando con orgullo indisimulado las banderas históricas del socialismo chileno, encontramos en ellas inspiración de sobra para estas tres tareas.

La vida de nuestro partido han sido 49 años de lucha incansable. Allí está, vivo y permanente, el

testimonio de nuestros miles de mártires, entre ellos nuestro fundador, presidente y compañero, Salvador Allende.

Durante 49 años hemos luchado por la unidad de los trabajadores. El Block de Izquierdas, el Frente Popular en 1939, la creación de la Central Única de Trabajadores en 1953, del FRAP en 1957 y de la Unidad Popular en 1969, testimonian una vocación histórica no desmentida y reafirmada, desde el punto de vista de nuestro análisis y propuestas programáticas, en la tesis del Frente de Trabajadores. En fin, la renovación de que hablamos hoy es, en buena medida, para nosotros, revitalizar y modernizar contenidos esenciales que son parte del socialismo histórico. Que nadie se equivoque o pretenda inducir a error o confusión: la renovación no consiste en adulterar el socialismo chileno, como han sostenido algunos. Por el contrario, se trata de liberar al socialismo chileno de las ataduras dogmáticas, falsificación ineficaz de nuestra naturaleza política revolucionaria y original. Renovarse significa hoy para los socialistas recuperar el patrimonio teórico contenido en nuestra Acta de Fundación, nuestro Programa de 1947, aún vigente, y en la práctica y teorización desarrollada bajo el liderazgo de Allende en el audaz y maravilloso intento de concretar en Chile una sociedad socialista como nunca antes se había conocido. La derrota en 1973 no ha invalidado la necesidad histórica de plantearse para Chile y para América Latina una alternativa socialista propia, diversa, original. Ella es una opción de lucha y no de negociación, define su propósito esencial como la sustitución del capitalismo por el socialismo y no simplemente su reforma, plantea un ejercicio democrático del poder estatal y no un ejercicio autoritario, admite la conveniencia plural de tendencias políticas democráticas y rechaza la idea de partido único o de dominación monolítica de una organización sobre las de más, posee una naturaleza participativa amplia y no excluyente o elitista, su protagonista es la clase trabajadora que se propone conquistar la hegemonía democrática sobre el conjunto de la sociedad y suprimir toda relación de dominación ejercida por una clase o una casta.

Difícil empresa, por cierto, que pareciera no querer sacrificar nada y lograrlo todo. Pero, por ello mismo, la empresa más noble e integralmente revolucionaria a la que podríamos ser convocados, porque para lograr todo se propone cambiar todo, construir un nuevo hombre que se potencie en una nueva vida donde libertad y socialismo sean una sola y misma cosa.

¿Será ello posible? Como dijera Allende: « Es éste un tiempo inverosímil, que provee los medios materiales de realizar las utopías más generosas del pasado. Sólo nos impide lograrlo el peso de una herencia de codicias, de miedos y de tradiciones institucionales obsoletas. Entre nuestra época y la del hombre liberado en escala planetaria, lo que media es superar esta herencia. Sólo así se podrá convocar a los hombres a reedificarse no como productos de un pasado de esclavitud y explotación, sino como realización consciente de sus más nobles potencialidades. Este es el ideal socialista».

El ideal de Allende no ha caducado. Está vigente. Lo hemos sostenido 49 años y lo seguiremos sosteniendo los socialistas chilenos.

HACIA UNA NUEVA PRAXIS POLÍTICA (1982)

Texto del discurso pronunciado en el homenaje a Rodrigo Ambrosio, realizado en el Salón de Actos del Centro de Estudios del Tercer Mundo (CEESTEM) en mayo de 1982, Ciudad de México, México. Publicado en Cuadernos Americanos, julio-agosto de 1982, Año XLI, Vol. CCXLIII, México.

Rodrigo Ambrosio fue, sin duda alguna, un ser humano de excepción. Pero, más allá de ello, constituyó un singular fenómeno cultural y político. Fue símbolo privilegiado de una generación y expresión condensada y vital de los grandes procesos sociales de la época que le correspondió vivir. Por esto, rescatar integralmente el significado de Ambrosio supondría examinar de manera crítica el proceso de su formación humana y política y el marco en que transcurrió su breve pero fecunda acción renovadora. Sería ésta una tarea francamente difícil para quienes hicieran suyos el método y la inspiración marxista y socialista a partir de una tradición laica, de profunda huella en la sociedad chilena. Ambrosio, llegó al marxismo y al socialismo a partir de una formación cultural cristiana, no menos influyente y representativa en el curso de nuestra historia. Ambas tendencias ideológico-culturales se habían enfrentado, dura y persistentemente, desde mediados del siglo XIX, constituyendo una importante contradicción interna de las clases dominantes, con reflejos y proyecciones en todos los sectores y niveles de la vida nacional. Nuestra generación heredó, ya en la segunda mitad de este siglo, los ecos de esta contradicción y en grado no despreciable su influencia sectaria y reduccionista, expresada en una manifiesta incapacidad para percibir crítica y constructivamente al mundo cristiano. Ya sea por parte de las clases dominantes, ya sea por parte de las clases subordinadas en sus primeras etapas de organización, fue imposible, durante largos decenios, elaborar un discurso cultural e ideológico con capacidad de convocación nacional y potencialidad transformadora, que reconociera, sintetizara y desarrollara los valores indiscutibles de ambas vertientes ideales.

Diversos fenómenos contribuirían a modificar y superar esta situación inicial, haciendo de la clase trabajadora el único crisol posible de aquello que las dos tendencias mencionadas aportan a la definición esencial de la nación chilena. Uno de ellos fue el desarrollo de masas del movimiento obrero chileno que, no obstante estar orientado por direcciones políticas definitivamente laicas y marxistas, incorporó en su desarrollo, como algo natural, quizá ni estimulado pero tampoco acallado, el rico acervo religioso de las capas más explotadas de la sociedad. Otro, los cambios importantísimos, gestados a lo largo de varias décadas, en la Iglesia Católica latinoamericana, en virtud de los cuales fuera asumiendo con fuerza

creciente las aspiraciones de las grandes masas populares y definiendo como expresión institucional la llamada «opción preferencial por los pobres».

Cristianismo y marxismo, salvación humana y socialismo, fueron así adquiriendo en el seno del pueblo el carácter de pares no contradictorios. De esta manera el movimiento popular se vio enriquecido por el aporte de sacerdotes que vibraban al calor de los sacrificios y luchas del pueblo, de cristianos que abrazaron la causa del socialismo revolucionario, de militantes y dirigentes marxistas que derivaron de su temprana formación cristiana la fuerza inspiradora para llegar a serlo. Rodrigo Ambrosio fue uno de ellos. En consecuencia, el primer hecho que creo preciso destacar en relación a la obra de su vida, es haber contribuido tan significativamente a superar viejos esquematismos, a convertir al movimiento popular en heredero y portador genuino y más integral de nuestra especificidad histórica como nación. El aporte de Rodrigo Ambrosio a la renovación del movimiento popular chileno puede y debe ser entendido como orientado a superar la contraposición, o al menos, la incomunicación entre las dos grandes matrices culturales anteriormente señaladas, la marxista y la cristiana. Dos sucesos de los últimos veinte años tienen un profundo impacto en ambas tendencias y contribuyen a su acercamiento, en la medida que aceleran procesos de redefinición ideológica, impulsan búsquedas originales, con fuertes ingredientes antidogmáticos, y consolidan tendencias ya existentes a afirmar las posiciones de contenido francamente revolucionario. El primero, de notable impacto en toda la generación de Ambrosio, lo constituye el triunfo de la primera revolución antiimperialista y socialista en América, la Revolución Cubana, gesta singular en su desarrollo y planteamientos, profundamente latinoamericana en su contenido liberador, que surge y se consolida en su combate sin tregua contra la dominación imperialista y que concibe el socialismo como culminación natural de la lucha por la autoafirmación nacional, por la democracia y por la dignidad humana. El segundo, lo constituye el surgimiento de un nuevo proyecto revolucionario, el proyecto de Allende, que reivindica la singularidad de Chile y, partiendo de ésta, la pertinencia y necesidad de una vía específica para marchar hacia el socialismo en nuestra patria. Allende asume ambos procesos con su generosidad y lucidez características, convocando a toda una generación dirigente y a todo un pueblo a recorrer caminos todavía no transitados, en una titánica cuanto original empresa liberadora. La síntesis entre los dos procesos y su proyección no siempre son fáciles para la izquierda chilena. Ambrosio asume las contradicciones y diversidades de manera frontal, planteando una penetrante crítica de los partidos históricos del pueblo, que mantiene vigente en los años posteriores a la victoria popular en el marco de una sólida y plena adhesión al proyecto revolucionario de Allende. Es éste el segundo hecho que quiero hoy destacar al recordarlo: su coraje político y moral, su forma franca y leal de exponer su acerada crítica, su aguda percepción de las debilidades del movimiento popular que, aparentemente desmentidas con la victoria de Septiembre del 70, se expresaran con tanta nitidez y dramatismo en los años siguientes. Ambrosio, el dirigente visionario que aspiraba a superar las insuficiencias de la izquierda histórica, a definir una nueva concepción de las relaciones entre los partidos políticos y movimientos sociales, no alcanzó a vivir hasta presenciar la derrota de la esperanza y el triunfo de la ignominia en 1973. La muerte lo encontró a edad muy temprana, cuando aún no florecían en plenitud sus excepcionales dotes de líder y organizador Popular. Guardo de él algunos recuerdos imborrables. Su rostro de facciones precisas está aún fresco en mi memoria, su voz pausada y profunda que exigía un silencio particular para ser escuchada; sus intervenciones en la vieja sala del Consejo de Gabinete en La Moneda, alrededor de la mesa grande y vetusta, siempre presidida por la figura egregia de Salvador Allende. Junto al suyo, y en el mismo sitio, recuerdo otros que ya no vemos entre nosotros: los de Luis Figueroa y Daniel Vergara, de los generales Prats y Bachelet, de Arsenio Poupin, Orlando Letelier y José Tohá.

¡Cómo no recordar el profundo dolor de sus compañeros y de toda la izquierda, el día de su muerte!
¡Cómo olvidar las banderas verdes, azules y rojas, desplegadas al atardecer, en homenaje al gran compañero tan prematuramente desaparecido!

Diez años han transcurrido desde la muerte de Ambrosio. Diez años durante los cuales el pueblo chileno ha vivido el período más oscuro de su historia. La izquierda que Ambrosio conociera, derrotada en 1973, fue y sigue siendo perseguida con saña por una feroz dictadura que intenta -vana aspiración- extirpar su pensamiento, su memoria y sus raíces de la sociedad chilena. Los partidos que la integran, enfrentados a la más brutal represión, han sobrevivido trabajosamente con ejemplar tenacidad y heroísmo pero sin ser capaces de construir una alternativa clara de lucha y de victoria. La división del propio partido de Ambrosio, ocurrida meses antes de la derrota popular de Septiembre de 1973, el proceso de división del socialismo chileno, de dolorosas y graves consecuencias para el conjunto de la izquierda, así como diversos procesos de erosión y crisis interna que, en mayor o menor grado, han afectado y afectan a todas las organizaciones, configuran un cuadro que ni los más recalcitrantes y voluntaristas pueden hoy dejar de reconocer como de profunda crisis.

En el enfrentamiento de esta crisis es posible observar dos tendencias contrapuestas. La primera atribuye al fenómeno una magnitud limitada e intenta revertirlo mediante un esfuerzo unitario orientado a la reconstitución del viejo molde de entendimiento, considerado aún viable y fructífero. La segunda, reconoce la crisis como un fenómeno profundo que afecta las bases mismas de los marcos unitarios previos y del modo de lograrlos y aplicarlos y plantea el impulso a una nueva experiencia unitaria que modifique parámetros esenciales de la anterior. Esta es aproximadamente la visión que inspira el esfuerzo de lucha, unidad y renovación encarnado por el proceso de la Convergencia Socialista, en que participan decididamente los socialistas chilenos que represento. Este proceso ha dado en las últimas semanas un importante paso adelante con la constitución, tanto en Chile como en el exterior, de un Secretariado de

cuatro partidos que ha iniciado un diálogo unitario y realista con las demás organizaciones de la izquierda chilena.

Lucha, unidad y renovación. Tres motivaciones esenciales en el avance de la Convergencia Socialista, que sólo en conjunto otorgan al proyecto rector que representa, su necesaria fuerza, coherencia y vitalidad.

Concebimos la Convergencia como un proyecto de lucha, orientado a reconstituir el sujeto social popular y a convertirlo en protagonista del derrocamiento de la dictadura y artífice de la reconstrucción y profundización de las formas democráticas de convivencia en Chile. La concebimos como una iniciativa unitaria, no sólo limitada a los partidos que la integran, sino extensiva en su impacto al conjunto de las fuerzas populares y democráticas. El momento unitario adquirirá vigor en la medida que el proceso convergente asuma la defensa de los más vastos y sentidos intereses nacionales y populares, dé pasos significativos en la elaboración de un proyecto alternativo al de la dictadura y sea capaz de estimular y organizar la rebeldía del pueblo. Pero el propio proceso de lucha antidictatorial exigirá también exponer claramente a la luz las áreas de desacuerdo, las diferencias, no con ánimo decisivo sino en ejercicio de un derecho esencial de cualquier fuerza política: plantear su proyecto social, sus concepciones estratégicas, su visión de la democracia y de la transformación social. Se trata, pues, de la creación de un marco unitario renovado que permita la expresión de las diversidades propias de cada organización, que rechace toda hegemonía preestablecida y que no reconozca otro liderazgo que no sea el ganado en la lucha y reconocido, autónomamente, por el pueblo chileno.

La Convergencia es también un proceso de renovación política que supone y requiere asumir honestamente el pasado para poder mirar osadamente al porvenir. De la crítica sin complacencias de nosotros mismos y de nuestra experiencia surgirán, surgen ya, los gérmenes de una forma diferente de entender y hacer política, asentada en la reivindicación de su indispensable momento ético-cultural, en el rechazo a su comprensión puramente pragmática, en la intolerancia frente a la demagogia y la manipulación. Esa visión renovada, que aspira a superar las carencias que en el pasado nos impidieron enfrentar con éxito objetivos crecientemente radicales, no renuncia sino, muy al contrario, se propone desarrollar una lucha por convertir a la Convergencia y las fuerzas que la integran en el núcleo articulador de una nueva hegemonía, moral, cultural y política, capaz de ofrecer a la sociedad chilena un camino de liberación, hacia la democracia y el socialismo, que responda a las grandes demandas históricas del pueblo y, en primer lugar, de sus clases trabajadoras.

Sin lucha la Convergencia es un puro ejercicio intelectual. Sin unidad sus alcances serían mucho más reducidos y sus posibilidades de victoria más inciertas. Sin renovación, nos estrellaríamos contra la realidad de un Chile profundamente alterado en sus bases institucionales, ideológicas y sociales y fracasaríamos como portavoces de su transformación y de su esperanza.

El desarrollo de la Convergencia es un proyecto ambicioso. Por ello resulta indispensable reconocer desde ya que las dificultades que enfrenta y deberá enfrentar no son despreciables. La práctica convergente deberá ir resolviendo, en forma creativa y en el clima fraternal que ya la caracteriza, la interacción entre sus instancias orgánicas, representadas por los acuerdos partidarios, y aquellas más movimentistas, en que participan no sólo militantes de los cuatro partidos, sino también numerosos militantes de otros partidos y de independientes que se identifican con su convocatoria. La Convergencia es, pues, un proceso abierto que requiere de imaginación y generosidad para llegar a etapas superiores de desarrollo. Los socialistas que participamos en el Secretariado de Convergencia no pensamos ser los únicos socialistas que tienen un espacio en el proceso convergente.

Lejos de ello, consideraremos la incorporación de otros sectores del socialismo chileno como un progreso de la mayor significación.

Compañeras y compañeros:

Diez años después de la muerte de Rodrigo Ambrosio, nos hallamos en un punto en que podemos, quizá, aventurar dos proposiciones relativas a la izquierda chilena:

La primera, decir que el éxito logrado en el avance convergente marca un punto de inflexión en el proceso dispersivo ocurrido en sus filas y el comienzo de una etapa de reconstrucción. La segunda, sostener que el desarrollo de la Convergencia establece bases nuevas, posibles y válidas, para una unidad más auténtica del conjunto de la izquierda y de todas las fuerzas democráticas; una unidad que no sea expresión de inercia o de un mero afán de supervivencia; una unidad cimentada en el mutuo respeto y no en falsos hegemonismos.

De nuestras propias acciones -aunque claro, no sólo de ellas dependerá que estas dos proposiciones que nos atrevemos a adelantar correspondan plenamente a una evolución real. Los socialistas chilenos lucharemos con fe y decisión inquebrantables para que así sea. Para nosotros el proceso de Convergencia Socialista constituye un desafío de grandes

proyecciones políticas y de incalculables alcances estratégicos si madura exitosamente. Así como hoy solicitamos de los herederos de Rodrigo Ambrosio que nos permitan compartir su inestimable legado, por sentirlo también nuestro; así como hoy aspiramos con modestia a que los cristianos que luchan por la revolución socialista en Chile nos ayuden a superar nuestras eventuales limitaciones para reconocer en su vasta magnitud el fenómeno de radicalización cristiana en nuestro país, América Latina y el mundo, así también aspiramos a reivindicar nuestro patrimonio histórico, fecundo surco en la conciencia popular de Chile, someterlo una vez más a las exigentes pruebas del presente, levantarlo como referente

de unidad, y someterlo críticamente al proceso de renovación.

Los socialistas chilenos que represento reivindicamos la fuerza creadora, el carácter popular y nacional, la vitalidad revolucionaria de las ideas que inspiraron a nuestros fundadores hace ya casi medio siglo; el aporte original que el Partido Socialista Popular desarrolló hace tres décadas, representado en la figura de Eugenio González e incorporado en la reunificación partidaria de 1956, así como las inspiraciones matrices del proyecto socialista, profundamente nacional, pluralista y democrático enarbolado por Salvador Allende. Desde nuestros orígenes nos definimos por una opción revolucionaria autónoma; postulamos la necesidad de sustituir el capitalismo por el socialismo y no de simplemente reformarlo; rechazamos el autoritarismo como forma de ejercicio del poder político, estableciendo una conexión orgánica entre socialismo y democracia; afirmamos los derechos y potencialidades de la clase obrera y trabajadora en el marco de una generosa empresa de realización popular y nacional. No siempre hemos sido capaces de ser fieles a estas motivaciones primigenias. Quienes pretendemos serlo, no pensamos que nuestras formulaciones agoten los horizontes problemáticos de la revolución chilena. La relación entre socialismo y democracia, hilo conductor histórico de nuestro pensamiento, debe cristalizar en una síntesis superior y más rigurosa que en el pasado; la temática de los derechos humanos y de las libertades reclama un nuevo énfasis y nuevos contenidos; las actuales formas del imperialismo exigen una visión renovada y rigurosa; el fenómeno de radicalización cristiana y su desarrollo requiere un tratamiento más profundo y una consideración principalísima. No pretendo con esta enumeración señalar límites temáticos ni proponer remozamientos parciales.

Alguien dijo: temo al que lee un solo libro. No podemos leer hoy en uno solo, así sea el inspirador libro de nuestra trayectoria partidaria. Estamos orgullosos de lo que hemos sido, pero no vivimos de la nostalgia. El pasado debe ser fuente de inspiración para explorar nuevos horizontes, y no un lastre de inmovilismo, sectarismo o autojustificación.

Esta es compañeros la actitud-con que los socialistas chilenos concurrimos al proceso de Convergencia Socialista. Compartimos vuestra pasión por las tareas que nos aguardan. Los herederos de Eugenio González estamos orgullosos de compartir lugares en la lucha con los herederos de Rodrigo Ambrosio y con los cristianos que abrazan la causa socialista. El afianzamiento de nuestra unidad y de nuestra mutua comprensión es el mejor homenaje que podemos rendir a nuestra memoria histórica y a sus protagonistas.

Construyamos una superior síntesis de todo lo admirable y grandioso que hubo en ellos. Seamos, juntos, dignos herederos del coraje y lealtad de Salvador Allende, reafirmados gloriosamente en su instante postrero, pero con no menor fidelidad también herederos de la imaginación y consecuencia revolucionaria que signaran la obra de su vida.

CONVERGENCIA SOCIALISTA Y LUCHA POPULAR (1982)

Editorial del Boletín Informativo del Partido Socialista de Chile, junio de 1982, Rotterdam, Holanda.

La constitución en Chile y en el exterior de un Secretariado de Partidos de la Convergencia Socialista en el que participan la Izquierda Cristiana, el MAPU, el MAPU Obrero y Campesino y el Partido Socialista de Chile, es uno de los hechos políticos más significativos ocurridos en la resistencia democrática chilena en los últimos años.

El Secretariado de Convergencia constituye una instancia de unidad, generada en momentos en que aún continúan operando con fuerza las tendencias centrífugas. Significa un estrechamiento del lazo orgánico entre tendencias políticas que, de manera bastante sistemática, habían venido coincidiendo crecientemente en el contenido de su discurso político. Expresa un punto de referencia orgánico para canalizar el proceso de renovación ideológica y política que, con mayor o menor fuerza, abarca a casi toda la izquierda chilena.

Al mismo tiempo, el Secretariado de Convergencia se define como una instancia no cerrada en la que, eventualmente, otras tendencias del área socialista pueden participar en el futuro, cuando así lo deseen y los partidos del Secretariado lo acuerden. Se define también como una instancia no exclusiva, ajena a toda pretensión de monopolizar con un estrecho criterio «partidocrático» el proceso de convergencia una de cuyas instancias son los partidos, pero que se expresa con singular vigor, en Chile y afuera, como un movimiento de amplias proyecciones en el que participan activamente importantes contingentes humanos que no se definen hoy por una determinada militancia. Desde ya, estas características transforman a la constitución del Secretariado en una manifestación no sólo de fortalecimiento orgánico, sino también de renovación en nuestras prácticas políticas.

Las dificultades que ha debido superar la expresión partidista de la Convergencia no han sido despreciables. Ello hace aún más significativa su conformación. Pero, es preciso no olvidar que las que aún lo esperan no serán menores. Mantener un fino equilibrio entre el carácter de gradual acercamiento entre cuatro fuerzas políticas diversas que define el esfuerzo convergente y la legítima aspiración de cada fuerza a preservar y desarrollar los elementos más caracterizantes de su propia identidad, constituye uno de los desafíos del período próximo. Sortear las naturales y -me atrevo a decir-positivas contradicciones que surjan entre la Convergencia como instancia de partidos y la Convergencia como movimiento social y político, será una prueba mayor para la fortaleza de la iniciativa y para las renovadas concepciones que postulan los convergentes sobre los cambios radicales en el escenario social chileno y la necesidad de reformular la relación entre los partidos políticos democráticos y los movimientos sociales. En fin, superar

los resquemores, las inquietudes -legítimas algunas, simples manipulaciones otras-, las dudas de otras fuerzas tradicionalmente aliadas, constituirá otra compleja tarea para la Convergencia. Sólo su fortalecimiento creciente y su desarrollo como fuerza capaz de incidir con efectividad en la realidad de Chile permitirán ir enfrentando con solidez éstos y otros obstáculos. La Convergencia necesita dar una prueba de crecimiento y de capacidad política. No requiere dar pruebas ni de madurez ideológica ni de espíritu unitario. Estas últimas son pruebas permanentes a las que la lucha y la práctica política someten a todas

las fuerzas políticas. Quienes hoy parecen preocuparse por los efectos «no unitarios» de la acción convergente harían bien en preocuparse primero por los efectos «no unitarios» de su propia práctica y, entre otros elementos, de su propia reacción -no unitaria- frente a la Convergencia.

La Convergencia es un proceso que se fortalecerá mientras sea capaz de luchar, de unir y de renovar. Sin lucha la Convergencia es un puro ejercicio intelectual, un juego de iniciados.

La lucha sin renovación nos conduciría a estrellarnos con la nueva realidad de Chile y a reincidir en errores del pasado. Sin unidad, sobre bases precisas -una unidad que reconozca y sea capaz de soportar las diferencias-, la lucha sería mucho más difícil y menos eficaz, y la renovación menos externa en su impacto, más limitada en su alcance.

Ese ha sido el mensaje que a través de una delegación unitaria, representativa de las cuatro fuerzas que la componen, ha querido transmitir la Convergencia Socialista al conjunto de la izquierda chilena en su más reciente reunión. No depende sólo de la Convergencia el que ese mensaje sea realmente entendido y asimilado como hecho positivo.

El tiempo venidero irá ofreciendo sus respuestas. Me asiste la certeza que entre ellas encontraremos la afirmación indiscutible que el proceso de Convergencia Socialista que impulsamos constituye un vigorizador de decisivas consecuencias para el desarrollo de la lucha popular.

RENOVACION Y RESCATE (1982)

Entrevista realizada en noviembre de 1982 por el periodista Víctor Vaccaro para ser publicada en una revista chilena.

Vaccaro: La izquierda chilena y específicamente el socialismo han sufrido una profunda crisis. De ella ha surgido la llamada «Convergencia Socialista». Según usted una de las principales características es la renovación. ¿Puede decirnos en qué consiste?

1. Arrate: La Convergencia Socialista es un proceso en desarrollo que aspira reconvertir a los trabajadores y otras capas subordinadas del pueblo como sujeto político y social protagónico. Su-objetivo es reimplantar la idea socialista en la sociedad chilena, en el marco de un proyecto de largo alcance, profundamente transformador, y cuyas bases ideales se conformarán por el encuentro y desarrollo de todos aquellos valores comunes al socialismo marxista y libertario y al socialismo de inspiración cristiana.

Plantearse el proceso de Convergencia Socialista como objetivo principal de acción implica ya una perspectiva de renovación. Renovar significa reconocer los cambios efectivos producidos en la sociedad chilena en el último decenio y asumir la experiencia de lucha por sus derechos que han vivido en estos últimos años las bases del movimiento popular.

Renovar significa extraer las enseñanzas profundas de la experiencia de la izquierda en el último cuarto de siglo y ser capaces de actuar en consecuencia. Renovar implica participar en el importante debate teórico desarrollado en el movimiento obrero internacional y recoger su contenido antidogmático y democrático, su espíritu crítico, su afán de reivindicación de la idea socialista. Renovar significa plantearse una vía propia para una transformación profunda de la estructura social, política, económica, cultural y moral de Chile que rechace las deformaciones autoritarias y burocráticas que han caracterizado la mayor parte de las experiencias socialistas realizadas hasta ahora.

Vaccaro: Esta renovación ¿significa un corte total con el pasado?

J. Arrate: La renovación es cambio, es novedad, pero también -me parece indispensable reafirmarlo- es rescate de un pasado muy rico en ideas y experiencias. Muchas de las ideas «renovadoras» están ancladas en la historia del socialismo chileno, en los planteamientos de sus fundadores en 1933, en el ideario humanista, autónomo y auténticamente democrático contenido en el Programa de 1947 elaborado principalmente por Eugenio González, en la aspiración profundamente libertaria que caracterizó la utopía de Allende.

Renovación y rescate deberán fundirse en una síntesis entre el pasado con que nos identificamos y el futuro que avizoramos. Creo que todas las tendencias participantes en la «Convergencia Socialista» reivindican legítimamente su pasado histórico y aspiran a contribuir a un nuevo proyecto de futuro. La Convergencia habrá de ser una síntesis superior de corrientes diversas pero confluyentes de pensamientos y de acerbos, de patrimonios ideales, de identidades grabadas en la memoria popular, y de aspiraciones de porvenir nutridas del presente y de sus tendencias.

Vaccaro: En el momento de la división mas importante del PS, en 1979, usted denunció al sector que se aferraba a esquemas teóricos ortodoxos, que se aproximaba cada vez más al PC, abandonando elementos básicos del ideario socialista. En este contexto ¿qué pasado socialista reivindica? ¿Todo o una parte?

1. Arrate: Reivindico y me reconozco en el conjunto de la historia socialista. Nada de ella me es ajeno. Ni sus grandes aciertos históricos ni sus errores o deformaciones. Ello no obsta a que en un momento

determinado constituya una obligación el expresarse sobre ciertos aspectos del propio pasado. No implica negarlos sino superarlos. En este sentido creo que el socialismo de los fundadores de la década del treinta y de los reconstructores partidarios de las décadas del cuarenta y cincuenta, sufrió en los decenios siguientes una paulatina tendencia a rigidizar las bases teóricas, a dogmatizar el ideario socialista, a arriesgar su autonomía frente a corrientes y centros ideológicos internacionales, a adoptar moldes externos para definir su acción. Respeto la legitimidad de esas ideas y reivindico para ellas un espacio democrático, pero no las comparto y creo que son más propias de la corriente histórica comunista que de la tradición socialista. Su desarrollo en el seno del Partido Socialista tuvo consecuencias no insignificantes en la actuación partidaria durante la experiencia de la Unidad Popular. Referirse a ello con la extensión y profundidad adecuadas sería largo.

Vaccaro: ¿No cree acaso posible superar esas diferencias y reconstruir el viejo Partido Socialista?

J. Arrate: Como muchos -creo que la mayoría inmensa de los socialistas- me anima un gran espíritu de unidad. Los errores pueden corregirse, por una y otra parte, y las diferencias pueden superarse a través de la crítica y el debate. Si así ocurriera sería un gran aporte al futuro democrático de Chile. Se trata, claro, de lograr consensos sobre la base de principios, no de la pura nostalgia. Lo primero es fuerza para la acción. Lo segundo es sólo artificio, reproducción de una conflictualidad latente que conduciría a una paralización debido a las luchas intestinas no resueltas. En todo caso, es un problema que debe abordarse y resolverse fundamentalmente en Chile. Y allí las generaciones más jóvenes deberán tener una palabra fundamental.

Vaccaro: ¿Por qué fundamentalmente los jóvenes? ¿No cree, por ejemplo, que puede tener importancia la reciente declaración unitaria emitida en Roma por Altamirano, Ampuero y Aniceto Rodríguez. ex Secretarios Generales del PS?

J. Arrate: No he dicho que sólo los jóvenes. Atribuyo la máxima importancia a la declaración que usted menciona. Es un referente significativo para todos los socialistas y, especialmente para las jóvenes generaciones.

Vaccaro: ¿No cree que un proceso de reunificación socialista como el allí planteado está en contradicción con la idea de la Convergencia Socialista?

J. Arrate: De ninguna manera. Lo expresa, además, la propia declaración. La Convergencia Socialista es un proyecto estratégico, de largo aliento. Mientras más masiva y convencida sea en él la participación socialista histórica, más fuerte será la Convergencia. Creo que las otras fuerzas que participan en la Convergencia así lo entienden.

Vaccaro: ¿Cómo ve usted el futuro de Chile?

J. Arrate: Prefiero responderle cómo lo deseo. Deseo un Chile donde todo ciudadano pueda expresarse libremente. Donde impere una real democracia política. Donde la profundización de esa democracia la haga extensiva a todos los planos de la vida social, de modo que se satisfagan las justas demandas materiales de los desposeídos, los postergados y los discriminados. Donde se construya un modo de convivencia que suprima los privilegios y cree las condiciones espirituales para la más libre expresión de las ideas, las creaciones artísticas y las inquietudes culturales. Donde los derechos humanos sean respetados plenamente. Donde todo chileno participe en la determinación de su forma de vida individual y social. Donde haya esperanza para el que nace, libertad para el que cree y se desarrolla, seguridad para el que envejece. Donde se acoja al perseguido y se le otorgue refugio, asilo y afecto. Donde no haya exiliados.

Vaccaro: Si se le permitiera, ¿volvería usted a Chile después de más de nueve años en el exterior?

J. Arrate: Volvería ayer, si me fuera posible.

EL SOCIALISMO CHILENO Y LA CONVERGENCIA SOCIALISTA (1982)

Artículo escrito para una revista española en noviembre de 1982.

1. En abril de 1979, hace ya casi cuatro años, el Partido Socialista de Chile sufrió la tal vez más lacerante división de su cincuentenaria existencia, tanto por la profundidad de las cuestiones ideológicas y políticas que la motivaron como por la oportunidad de su ocurrencia, en plena lucha por reconstruir fuerzas para poner fin a la dictadura. plena lucha por reconstruir tuerzas para poner fin a la dictadura.

La división fue epocal: cerró un capítulo y abrió el siguiente.

La ruptura socialista puso en evidencia con dramática claridad el desarrollo al interior de la izquierda chilena de una crisis que significaba cuestionar las bases fundamentales de sus veinticinco años de unidad en torno a un proyecto común. En septiembre de 1973 un golpe militar caracterizado por su singular violencia, puso término a la inspiradora experiencia socialista chilena que Salvador Allende había intuido varias décadas antes y luego impulsado audazmente. Los pilares orgánicos sobre los que había construido su obra fueron sistemática y brutalmente agredidos aunque nunca extirpados como aspiraban sus perseguidores. Los grandes partidos de masas, Socialista y Comunista, y las otras organizaciones políticas integrantes de la Unidad Popular, sufrieron implacable persecución, muerte, cárcel, tortura y exilio e iniciaron un período de varios años en que se debatirían entre la lucha por la sobrevivencia y los afanes jamás cumplidos de una rápida recomposición política y orgánica sobre las mismas bases esenciales del pasado. Organizaciones de estructuración político-militar y que hicieron elemento central de su política los preparativos para un enfrentamiento armado de clases -la más destacada el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)- fueron lenta pero sistemáticamente

destruidas, antes de alcanzar una fase ofensiva, durante la tarea de consolidación de sus bases clandestinas, legando al patrimonio moral del pueblo el sacrificio de aquellos que se defendieron del asedio hasta perder la vida. En el plano de las ideas, el lustro posterior a la derrota de 1973 se centró en el debate sobre sus causas y sobre la caracterización del régimen militar establecido en el país, con el fin de superar errores, corregir perspectivas y adecuar las políticas de alianza y las formas de lucha a las nuevas condiciones. No fueron claramente percibidos, en aquel tiempo, el horizonte estratégico que inspiraba a los dirigentes de la dictadura, la profundidad de sus intenciones de transformación, el grado en el cual pretendían incidir en el curso de la historia nacional. Ha sido tan sólo en los últimos años cuando se ha difundido la conciencia sobre la ambición estratégica de las «modernizaciones» impulsadas por Pinochet, el carácter acabado de las ideas sobre organización política y «democracia» contenidas en la nueva Constitución vigente desde 1981, el impacto profundo en la vida social y material de la filosofía neoliberal que inspiraba a la conducción económica, hoy puesta en cuestión por los síntomas evidentes de fracaso. Semejante comprobación no pudo sino plantear aún con mayor dramatismo los temas del significado del 11 de septiembre de 1973 y de la reapertura de una opción de izquierda en la sociedad chilena. De este modo, mientras en un primer tiempo el énfasis de los análisis recayó en la consideración minuciosa de los errores supuesta o realmente cometidos desde el gobierno entre 1970 y 1973 (política inadecuada hacia las capas medias, no desarrollo de una fuerza militar propia, errores en la relación con las Fuerzas Armadas, desequilibrios inducidos en el aparato productivo y financiero, ambigüedades en la política hacia Estados Unidos y los intereses transnacionales), en el tiempo siguiente comenzó a difundirse con mayor fuerza un intento de hacer una crítica a la izquierda con una perspectiva más larga, de introducirse en sus orígenes y características, en su desarrollo en el último cuarto de siglo, y en la forma cómo generó su proyecto y cómo lo llevó a la práctica.

Surge así al debate, explícita o implícitamente, un punto central: el intento socialista encabezado por Salvador Allende estuvo signado por una tensión no resuelta entre el carácter del proyecto y el carácter de sus actores políticos, los partidos de izquierda. El proyecto fue -especialmente en el contexto latinoamericano, profundamente impactado por el éxito de la Revolución cubana- claramente una «herejía». Los rasgos de utopismo de su propuesta estratégica (identificación dialéctica entre democracia y socialismo) y, sobre todo, su adhesión básica a la lucha político-institucional como caracterización de la vía, representaron una suerte de anomalía en el cuadro continental que Allende, con su tenaz adhesión a la realidad nacional como referente indispensable, y su prístino internacionalismo, logró conciliar. Los actores, los partidos de izquierda, eran, por el contrario, ortodoxos. Algunos lo habían sido siempre (el Partido Comunista), otros aspiraban a serlo o estaban en tránsito hacia serlo. De los seis partidos integrantes de la Unidad Popular, alianza que sostuvo al gobierno de Allende, cuatro (PC, PS, MAPU y MAPU Obrero y Campesino) se definían como «marxista-leninistas», es decir, declaraban su adhesión a la matriz teórica que era propia, históricamente, de la Tercera Internacional y, en Chile, del Partido Comunista. El MIR, fuera de la Unidad Popular, también se identificaba de igual forma.(1) Más allá del hecho que dicha definición era, en la comprensión de la masa militante, más que nada una caracterización «revolucionaria», constituyó, desde el punto de vista del análisis teórico, una clara manifestación de un logro hegemónico del Partido Comunista sobre el conjunto de la izquierda chilena. La «herejía» sostenida por Allende y la «ortodoxia» de los partidos convivieron al interior del proceso a través de vicisitudes que no es el propósito de este artículo examinar. Esta asincronía ha sido un elemento siempre presente en los esfuerzos reestructuradores de la izquierda chilena realizados en los últimos años. No sería aventurado decir que se ha difundido una certeza que la tensión antedicha debe ser resuelta, como condición de una práctica política capaz de hacer avanzar las ideas de izquierda. La crisis socialista de 1979 fue, en el fondo, el resultado de una manera distinta de concebir la resolución de esta tensión. Algo similar puede sostenerse sobre los resquebrajamientos internos que, en grados mayores o menores y con expresiones diversas, afectaron a las otras fuerzas políticas y que configuraron un cuadro de crisis generalizada. Mientras una corriente del socialismo chileno buscó, después del golpe, resolver la tensión mencionada desarrollando las tendencias a la ortodoxia teórica al interior del Partido Socialista y acerando su disposición de lucha mediante la imposición del modelo leninista de partido, otra tendió a reivindicar elementos básicos del proyecto allendista en la perspectiva de hacerlos parte de una nueva propuesta socialista de la que un partido renovado debía ser su prefigurador. La primera corriente entronca con los desarrollos políticos y teóricos que se hacen dominantes en la década de los sesenta dentro del socialismo chileno y que culminan en su Congreso de 1967 con la consagración de la definición marxista-leninista. La segunda arranca su legitimidad histórica de la reivindicación de los rasgos fundacionales singulares del Partido, ratificados en su período de reconstrucción teórica y política a fines de los cuarenta, y el ideario que en

torno al par conceptual democracia-socialismo inspiró, en lo central, la experiencia allendista.(2)

El debate sobre la «experiencia chilena» desemboca, pues, por senderos diferentes. Es una discusión que no se produce en el vacío ni limitada a los marcos de lo puramente nacional. Los años de dictadura van dejando huellas determinadas por la experiencia de lucha de los núcleos sociales y políticos sobrevivientes del desastre de 1973. El mensaje de la izquierda en el exterior va gradualmente adquiriendo énfasis que, con el tiempo, pasan a constituir puntos centrales de la renovación de su pensamiento. Tres aspectos requieren a lo menos una mención sintética. El autoritarismo del régimen implantado en Chile influye en consolidar el antiautoritarismo en el seno de la izquierda, que se proyecta de un modo general, es decir, que abarca también el repensamiento del tipo de socialismo que se propugna y su vinculación con la libertad. La pérdida de la democracia y el desprecio con que la considera el discurso

«oficial» en Chile induce una más profunda consideración del valor, sentido y contenidos de la democracia política y de la participación popular en las decisiones de gobierno. La violación y supresión de importantes derechos de la persona humana, antes consagrados en los textos legales y adoptados por la vida social chilena, genera una revalorización de su existencia y transforma el tema en tópico ineludible de los programas o propuestas sociales de la izquierda. El proceso descrito, aunque es de alcance general, es asumido en formas diversas por las distintas fuerzas

o sectores políticos, según sus propias características o predisposiciones previas. Del mismo modo no puede haber uniformidad en los grados de coherencia con que se va ajustando lo heredado con lo nuevo, la autocrítica con la reconstrucción, o el discurso con la práctica.

Por otra parte, la crisis orgánica, política y teórica de la izquierda chilena recoge también diversos elementos que surgen con gran fuerza en el curso del debate que se desarrolla en el conjunto del movimiento obrero mundial. Dos de los cimientos que sostenían, en el plano ideológico, el edificio unitario de la izquierda chilena pasan a ser objeto de viva discusión: el «socialismo real» y las diversas formulaciones de la teoría marxista. Por lo que respecta al socialismo chileno, se define desde su nacimiento como partido, y con particular persistencia, en una matriz teórica y política explícitamente antiestalinista. En la postguerra solidariza con la experiencia autogestionaria yugoslava y en 1968 condena la intervención soviética en Checoslovaquia. Sin embargo, se va desarrollando en su interior una tendencia, que alcanza su apogeo en los años posteriores a 1973, a limar y luego prácticamente a suprimir todo atisbo crítico en relación con el tipo de socialismo experimentado en Europa del Este. La división socialista de 1979 y la discusión subsecuente reabre debate sobre el tema en el conjunto de la izquierda. No se trata, es claro, de una particularidad más de la izquierda chilena: en el seno del propio movimiento comunista internacional han surgido ya radicales diferencias de apreciación sobre las insuficiencias y limitaciones del socialismo existente y el debate sobre ellas se ha hecho universal.⁽³⁾ A su vez las discusiones marxistas de la última década y sus consecuencias políticas -el eurocomunismo en su versión italiana la más destacada conmueven también las adhesiones a esquemas teóricos que la izquierda latinoamericana en general y particularmente la chilena, por su superior grado de ideologización, habían mantenido en forma bastante coherente.

2. Se abre así, dolorosamente, un nuevo capítulo. Su elemento central habrá de ser la tarea de construir un marco eficaz para impulsar una política socialista. El desarrollo de esta tarea parte de a lo menos tres constataciones.

La primera, la constatación que el socialismo como fuerza actuante y el socialismo como idea posible, en dos palabras, una opción socialista, no existe de manera perfilada en el ámbito nacional. Orgánicamente el Partido Socialista se encuentra dividido y, aparte de los dos sectores principales de allí surgidos, varios otros tienen una existencia más, menos grupuscular, producto de escisiones anteriores o posteriores a 1979. Buena parte de la masa socialista en Chile permanece inactiva y sólo una minoría desarrolla, en uno u otro grupo, vida política orgánica. La idea socialista sobrevive, sin duda, en la memoria histórica de importantes sectores del pueblo y sus diversas capas sociales, pero la derrota de 1973 ha desperfilado su contenido. La sistemática propaganda antisocialista de la dictadura y, en general, su política cultural y de comunicaciones han estado dirigidas, centralmente, a invalidar las bases ideales de la demanda por el socialismo. Aunque se estime que el intento no ha tenido ni tendrá éxito es necesario admitir que en determinados sectores sociales ha de haber erosionado de modo significativo las anteriores adhesiones a ciertos valores, ideas o utopías.

La segunda, consecuencia casi evidente de la anterior, es la constatación que para los socialistas la necesidad principal del momento, tanto en el plano de la elaboración política como en la lucha concreta contra la dictadura, es la construcción de una opción socialista perfilada que se plantee retomar la tarea inconclusa que legó Salvador Allende a través de la canalización del potencial socialista presente en el pueblo chileno. Se trata de recrear un proyecto de lucha y construcción social que recoja el rico legado del pasado potenciándolo con todo aquello de innovador que en los últimos decenios han aportado las diversas experiencias socialistas, los debates teóricos y, en general, los avances y desarrollos de la cultura.

La tercera, imperativo de la esencia y razón de ser de la política, la constatación que dicha opción debe aspirar a constituirse en hegemónica respecto a otras opciones de cambio social surgidas también del seno del pueblo.

La aceptación de las tres premisas señaladas induce necesariamente una política socialista que ha de desarrollarse en dos líneas básicas complementarias, capaces de enriquecerse una a la otra. Una, el esfuerzo por reunificar los sectores dispersos que se reconocen en la tradición histórica y principales contenidos doctrinarios del Partido Socialista de Chile. Este esfuerzo reunificador habrá de basarse en posiciones de principio y desechar, por lo tanto, la reunificación per se como alternativa. La reunificación socialista debe ser viable y eficaz y no pura nostalgia convertida en acción política. La viabilidad y eficacia del esfuerzo reunificador están principalmente determinadas por las coincidencias reales en los pilares que constituyeron el viejo ideario socialista: su comprensión dinámica y no dogmática del marxismo y su potencialidad revolucionaria, su búsqueda creativa de fórmulas políticas y sociales capaces de ensanchar la democracia en la construcción del socialismo, su énfasis en el rol protagónico del pueblo trabajador como personaje principal de la lucha, su autonomía internacional y su no sujeción a centros políticos e ideológicos, su latinoamericanismo y su rechazo de los bloques político-militares como categorías rectoras de una política de cambio revolucionario. De no existir una clara coincidencia en estos temas

básicos, las tentativas de reunificación están destinadas a reproducir la conflictualidad interna que caracterizó ciertos períodos de la historia socialista con estériles resultados. La otra línea, tan indispensable como la primera, es la construcción de una política de alianzas con sentido estratégico, es decir, la participación en un cuadro de fuerzas que, siendo diferentes, compartan lo esencial de una opción socialista común que, con perspectiva hegemónica, aspiren a construir. Esta tarea implica para el socialismo chileno la necesidad de activar unidas fuerzas esencialmente diversas al existente en el pasado y, además, deslindar muy claramente posiciones de aquellos otros partidos o conglomerados políticos de la izquierda que levantan proyectos con aspectos básicamente diversos. Concretamente, se trata de reconocer la falencia actual del eje socialista-comunista que constituyó la fuerza dominante de la izquierda chilena en el último cuarto de siglo(4) y de precisar con claridad las distancias entre la opción socialista que se reconstruye y aquella que sustenta históricamente hasta hoy el Partido Comunista y las fuerzas que se organizan en torno a él. Este propósito significa una radical reconversión de la naturaleza política de la izquierda que, antes organizada en torno al eje mencionado, transita eventualmente hacia una estructura caracterizada por la existencia en su interior de dos proyectos sociales concurrentes, en parte significativa coincidentes, pero contradictorios en aspectos básicos.

Así, trabajosamente, surge y se perfila con creciente nitidez una nueva opción estratégica socialista en Chile, profundamente anclada en la historia y, al mismo tiempo, profundamente renovadora.

La manifestación principal de su concreción es el proceso en curso denominado «Convergencia Socialista».

3. Difícil es trazar con precisión los orígenes de la Convergencia Socialista. No hay todavía una visión uniforme sobre su desarrollo. En lo sustantivo, el hecho esencial es la creciente constatación de coincidencias de fondo, no meramente coyunturales, entre los socialistas de inspiración laica y marxista y los grupos de cristianos que, desde su particular formación filosófica, adhieren a la idea y a la lucha socialistas.

En Chile a fines de la década de los sesenta y comienzos de los setenta surgieron diversos grupos, en su mayoría compuestos por ex miembros del Partido Demócrata Cristiano, que optaron por constituir sus propias organizaciones políticas en vez de incorporarse a los partidos de izquierda ya existentes. Durante el período presidencial de Salvador Allende fueron significativas las coincidencias en diversos aspectos de importancia cardinal entre el Partido Socialista, la Izquierda Cristiana y el MAPU. Fue necesaria, sin embargo, la crisis general de la izquierda durante el período de la dictadura para que dichas coincidencias, antes de apariencia secundaria en el marco fortísimo establecido por el eje socialista-comunista, fueran expresándose en forma más orgánica. En un primer momento las viejas y nuevas concordancias surgieron nítidas al interior de cada una de las organizaciones políticas para, sorteada por diversos medios la rigidez verticalista de los partidos chilenos, comenzar a expresarse de una manera horizontal, cruzándose por su interior. En el desarrollo del proceso adquirieron especial importancia los espacios de debate e intercambio surgidos tanto en el exilio como en el país.

A partir de este fenómeno, el proceso de generación y constitución orgánica de la Convergencia Socialista y sus diversas instancias, ha sido complejo y desigual.(5) La realidad de Chile es diversa a la de su exilio, y en el propio exilio surgen singularidades locales significativas. El hecho básico es que ya hoy día la Convergencia Socialista ha levantado una propia personalidad política, no obstante que su consolidación es un proceso lejos aún de estar acabado. La Convergencia no tiene sin embargo un resultado garantizado. En definitiva, su destino y su capacidad de representar una opción socialista estratégica para Chile dependerá de la forma cómo se vayan gradualmente sorteando las dificultades y desafíos próximos. Sin intentar ser exhaustivo ni ensayar órdenes de importancia, he aquí alguno de los principales.

4. Confluyen en el proyecto convergente organizaciones e individuos que se reconocen en vertientes culturales diversas: la laica y marxista, y la religiosa y cristiana. El desafío es fascinante: se trata de fundir en la idea y en la lucha por el socialismo, con un horizonte histórico, y sin desidentificarse, a las dos principales corrientes culturales que generalmente se enfrentaron en la historia republicana de Chile. Pero, es claro, las dificultades residen en la propia dimensión de ese desafío. ¿Será posible ultimar este encuentro de perspectivas que tradicionalmente se afrontaron, superando el conservantismo de los fetiches o de las tradiciones de raíz decimonónica? Hay diversos elementos de juicio que permiten mirar la empresa con optimismo. Desde ya, la tradición laica del socialismo chileno no tuvo nunca, como en el caso de otras organizaciones políticas de matriz similar, una marcada connotación antirreligiosa. El socialismo chileno surgió con un preciso sello de clase y lo ha conservado hasta hoy. En consecuencia, el énfasis temático principal de su discurso político fue generalmente el tópico de la explotación y no otras cuestiones propias del debate en la esfera de lo ideológico-cultural. Si bien esta especie de sesgo hacia lo «estructural» privó al socialismo chileno de una percepción clara y de una actitud coherente hacia la Iglesia, la filosofía cristiana y, en general, el mundo cristiano, le permitió en cambio, sostener una discriminante social -la de clase- que en la realidad chilena cruzaba y cruza diversas adhesiones religioso-filosóficas. De esta manera, significativos sectores de la militancia socialista y de la periferia inmediata jamás estimaron como incompatible su adhesión a las ideas del partido y su participación en instituciones o instancias de la religiosidad oficial o en manifestaciones de la extendida religiosidad popular. Por otra parte, una importante franja de dirigentes de formación cristiana que se incorporaron a la izquierda a fines de la década de los sesenta habían tenido o tuvieron posteriormente una evolución hacia el marxismo. Su dotación cultural, muy amplia por la dualidad de fuentes formativas, constituye una contribución especialmente significativa por la síntesis que expresan en sus análisis y visiones políticas. En fin, aquellos cristianos que siguen identificándose como tales y que se reconocen en la idea socialista, adoptan frente al marxismo una posición no antitética, utilizan sus categorías esenciales para

el análisis social y reconocen el valor de su método. Corresponde esta actitud, en buena medida, al carácter marcadamente secular que adquirió la sociedad chilena en su conjunto y al explícito no confesionalismo de sus partidos asociados al pensamiento y filosofía cristianas. El valor y reconocimiento de la secularización tuvo consecuencias importantes en la vida política chilena, entre otras, el haber sido base para el desarrollo dentro de la Iglesia y del mundo cristiano de corrientes progresistas que fueron sucesiva y paulatinamente acercándose al pensamiento político socialista conservando al interior de él sus propios relieves. En fin, mucho más importante aún, a nivel social, entre las clases y capas subordinadas y explotadas, no se expresa una antítesis básica entre las ideas religiosas cristianas y la idea de socialismo. Es ésta la gran potencialidad del

proyecto representado por la Convergencia Socialista para su desarrollo y arraigo en la base popular. El proyecto convergente es, en consecuencia, opuesto, por razón de su propia esencia, a toda forma de integrista, religioso o teórico. Pero, al mismo tiempo, debe ser capaz de conservar y desarrollar en su interior la identidad de visiones que, provenientes de cosmogonías diversas, podrán llegar a ser coincidentes en lo central pero no idénticas.

El rasgo pluralista de la propia Convergencia estará garantizado sólo si en su interior son capaces de convivir, en permanente interacción y esfuerzo común, identidades diversas. De esta manera la idea, a veces formulada, de hacer de la Convergencia Socialista un partido, en su sentido corriente, no contribuye a clarificar su contenido, naturaleza y propósitos, sino más bien a crear en diversos sectores el temor a un supuesto riesgo de des identificación.

En la medida en que el desafío de ser capaces de fundir propósitos y objetivos sin sacrificar identidades legítimas sea superado es evidente que surgirá el otro de establecer formas de procesar eventuales diferencias internas. Hay ciertas áreas en que el pensamiento laico y el pensamiento cristiano expresan en abstracto, visiones contrapuestas. Marxistas y cristianos manifestarán posiblemente puntos de vista diversos en relación con la familia, con la pareja, con la naturaleza y funciones de la actividad sexual, con la educación.

La propia práctica de lucha y la traducción de lo abstracto a la realidad concreta y particular de Chile y su tiempo deberán aportar formas de resolver las eventuales tensiones.

Todo lo anterior requiere organizarse. Ese constituye otro de los desafíos del período próximo. La Convergencia Socialista está teniendo en estos días un crecimiento aluvional, tanto en Chile como en el exterior. La difundida conciencia de que es preciso superar el pasado, tanto en los métodos y formas de «hacer política», como en el modo de luchar, de avanzar hacia la democracia y de abrir camino al socialismo, y el hecho de ser la Convergencia la portadora de la idea de renovación política, orgánica y teórica de la izquierda ha generado un sentimiento y una intuición favorables en sectores sociales significativos. Un paso próximo es la búsqueda de una mayor precisión política. El siguiente o simultáneo deberá ser la búsqueda de formas orgánicas superiores a las instancias de « iniciativa » o de « coordinación » que existen hoy día. No es una tarea fácil por los cambios significativos ocurridos en la realidad chilena. Los partidos, instancias orgánicas de indiscutible preeminencia hace diez años, tienen hoy por razones obvias, menos vida aparente que instancias movimentistas, autónomas, más espontáneas, que han surgido y continúan surgiendo en el desarrollo de la lucha social. Pero esta constatación es parcial e insuficiente. Toda forma orgánica que asuma la Convergencia pudiera estar destinada

al fracaso si no toma en cuenta a lo menos tres fenómenos o datos: primero, los partidos políticos han sido históricamente los canalizadores y organizadores naturales de las ideas y de la lucha social en Chile. Existieron, existen continuarán existiendo, sin que nada permita prever su desaparición ni nada haga avizorar su eventual inutilidad. Segundo, no obstante lo anterior, en la actual etapa de la lucha democrática es evidente que parte importante de las energías, vitales para el cambio tienden a encauzarse a través de instancias más movimentistas. De lo que se trata es de, reconociendo la realidad e intentando incidir eficazmente en ella, desarrollar una relación nueva -para los rígidos marcos de acción que se hicieron habituales en las organizaciones políticas chilenas

entre los partidos y los movimientos sociales, haciendo a los primeros transmisores de una visión hegemónica que reconoce en los movimientos sociales instancias privilegiadas de generación de fuerza, que los incita y promueve en la dirección de hacer del conjunto de la sociedad el espacio de la lucha política. Para una izquierda como la chilena, enraizada en una versión bastante simplista del Estado y creyente en la revolución política como la revolución por excelencia, se trata de un desafío de magnitud. Finalmente, dos puntos adicionales, no menos importantes que los anteriores, que deberán concitar esfuerzo e imaginación convergente: el primero, ser capaces de generarla opción socialista de la Convergencia evitando las especulaciones de laboratorio, para hacer de la renovación teórica y de una nueva práctica política una síntesis de lucha. Segundo, insertar el proyecto convergente en el espectro político chileno de una manera unitaria y no divisiva. La Convergencia Socialista ha de ser un punto de acumulación de fuerza popular, no una frontera de exclusión y enfrentamiento con otros sectores del pueblo.

5. Por la propia naturaleza de la opción socialista que se delinea en los procesos paralelos y complementarios de reunificación socialista y convergencia, opción construida sobre el eje conceptual democracia-socialismo, ella requiere una excepcional acumulación de fuerzas para llegar a ser exitosa. El desafío es inequívoco: se trata de convocar, convencer y convertir en partícipe activo de un proyecto de lucha a una muy amplia mayoría popular.

Aceptar este planteamiento como línea básica tiene diversas implicancias para la acción concreta. Una primera es que la nueva opción socialista debe ser inclusiva y no excluyente de ningún sector del

pueblo. Una segunda es que ningún acuerdo o entendimiento político puede convenirse a costa de desperfilar las características diferenciadoras y la potencialidad convocante del proyecto socialista. Estos criterios excluyen desde el inicio la alternativa de reconstruir en forma similar al pasado la denominada «unidad socialista-comunista» y, por otra parte, todo intento tacticista de concebir la Convergencia Socialista como una creación destinada a buscar entendimientos supuestamente más fáciles con la Democracia Cristiana. Se trata, en cambio, de la difícil tarea de definir una línea de acción política, enmarcada en los elementos estratégicos señalados, que sea capaz de combinar creativamente la vocación unitaria de la convergencia, su legítima aspiración hegemónica y su flexibilidad -y capacidad de insertarse en la realidad política concreta enfrentando los problemas más urgentes, el principal la tarea de desplazar la actual dictadura.

Uno de los factores que más la dificulta es el desigual desarrollo del fenómeno de la renovación política que ha estado en el centro del proceso convergente. La renovación, contrariamente a lo que algunos sostienen, no implica renuncia a ninguna de las cuestiones básicas que son parte del patrimonio histórico socialista. Implica, en cambio, una autocrítica en profundidad que penetre en la historia del movimiento popular chileno y que someta a escrutinio sus referentes políticos e ideológicos propios y externos. Implica también una redefinición de la relación entre partido y masa, entre clase revolucionaria y otras capas o franjas sociales. Significa enriquecimiento de perspectivas mediante el desarrollo de nuevas visiones o énfasis, entre ellos la valoración de los aspectos éticos de la política y de la lucha transformadora. Mien tras éstos y otros elementos han constituido en Chile y fuera de Chile parte significativa de los debates y de la práctica política de convergencia, ellos no han estado presentes con igual fuerza en otros sectores políticos.

Desde el punto de vista renovador el Partido Comunista aparece retrasado, aún entendiendo que su proceso de renovación habría de ser diverso al del área socialista aunque abarcando una temática similar. Este hecho está en el centro de la constatación actual sobre la inexistencia de bases suficientes como para reconstituir un nuevo proyecto histórico común a toda la izquierda, aunque, naturalmente, no puede ser obstáculo para una muy amplia gama de acuerdos de lucha para conseguir el objetivo común de restablecer la democracia. La Convergencia debe aspirar -a que el proceso de renovación no se reduzca a sus propios márgenes y a que, aún con modalidades distintas, abarque al conjunto de la izquierda. Si así ocurriera se abrirían nuevas perspectivas de recuperar niveles significativos de acuerdo en las cuestiones estratégicas.

Aunque por otras razones, algo similar ha ocurrido con la Democracia Cristiana que, en lo esencial, sigue siendo igual a su pasado no obstante los esfuerzos «modernizadores» de sus sectores más lúcidos. Mientras la izquierda ha realizado una abundante autocrítica -si bien muchas veces poco satisfactoria- la Democracia Cristiana ha tendido a situarse, evitando examinar sus propias responsabilidades, en una suerte de punto privilegiado entre el fracaso de la Unidad Popular y el descalabro nacional que ha significado el régimen de Pinochet. Es, con todo, una fuerza básica en el devenir próximo de Chile y la necesidad de acercamientos y acuerdos parece indispensable. Ello no obsta a que sea preciso sostener desde ya que en la perspectiva de largo plazo la Democracia Cristiana y el Partido Socialista y la Convergencia tenderán necesariamente a enfrentarse en la disputa por amplios sectores populares. La definición insuficiente, tan utilizada en el discurso de la izquierda, sobre el carácter de partido «burgués» de la Democracia Cristiana, con el afán de apuntar a la definición última de los intereses de clase allí predominantes ha ocultado el hecho innegable que la Democracia Cristiana es referente efectivo de una masa popular significativa. El mensaje de los socialistas marxistas y/o de los cristianos socialistas puede y debe tener en dicha masa un alcance profundo. Aunque pueda percibirse como una afirmación conflictiva parece honesto y útil decir desde ahora que aspiramos a que en el decurso de la lucha social esos sectores populares lleguen a identificarse con la opción histórica socialista que estamos reconstruyendo.

1. La Unidad Popular fue la coalición política que sostuvo en 1970 la candidatura presidencial de Salvador Allende. Estaba constituida por los Partidos Socialista y Comunista, ampliamente mayoritarios en su interior, más el Partido Radical, fuerza de izquierda laica, y el Partido MAPU, escisión de la Democracia Cristiana. Participaban también otros grupos menores. En 1971 se integró la Izquierda Cristiana, nueva escisión de la Democracia Cristiana.

En 1973 el Partido MAPU se dividió en el MAPU Obrero y Campesino y el MAPU. El MIR no formó nunca parte de la Unidad Popular. Aunque no ha sido formalmente disuelta, la Unidad Popular no tiene ya funcionamiento orgánico ni en Chile ni en el exilio chileno.

2 El Partido Socialista de Chile fue fundado en 1933, uniendo a diversos grupos de similar orientación. Desde su fundación se definió como «marxista». En 1928 participó en la triunfante experiencia de Frente Popular. Durante los 40 y 50 sufrió divisiones de significación. Se reunificó en 1956. En 1967 se definió como «marxista-leninista». Salvador Allende fue uno de sus fundadores.

3. Los sucesos polacos han sido enfocados de forma radicalmente diversa por las fuerzas de la izquierda chilena. Un sector más ortodoxo ha asumido la línea de los partidos comunistas de Europa del Este. El sector renovador, agrupado en la Convergencia Socialista, ha condenado el golpe de estado y solidarizado con los trabajadores polacos.

4. Las relaciones entre socialistas y comunistas tuvieron en Chile una historia azarosa. Sin embargo, en 1957, ambos partidos crean el Frente de Acción Popular abriendo un largo período de unidad política, que culmina con la creación de la Unidad Popular y el triunfo de 1970.

5. En abril de 1982 se constituye en Chile el Secretariado de Partidos de Convergencia Socialista, integrado por el Partido Socialista (uno de sus sectores), la Izquierda Cristiana, el MAPU y el MAPU Obrero y Campesino. De inmediato se constituye en el exterior una instancia similar. La Convergencia Socialista se expresa también con gran fuerza en instancias de carácter «movimentista, tanto en Chile como en el exilio. De ellas el Movimiento por la Convergencia Socialista, en Europa, y el Grupo por la Convergencia Socialista, en Chile, son las más destacadas. En dichas instancias participan no sólo militantes de los cuatro partidos sino también disidentes de otros partidos, socialistas dispersos e independientes.